

San Manuel González, Obispo

ARTE Y LITURGIA

ARTE Y LITURGIA

EL ARTE
en el Altar
en el Templo
en la Misa
en el Breviario.

PRÓLOGO

5133. *Si no lo vedara la concisión de los títulos de los libros, éste que viene a tus manos, lector anónimo, debiera titularse «Cómo por el arte y la liturgia se va a la piedad».*

Este título te dice por anticipado y en compendio cuanto te quieren descubrir las ligeras páginas de este librillo, a saber: que la liturgia católica, esa gran alabadora de Dios y maestra eximia de alabanzas a gusto de Él, no se ha dignado coger de la mano al arte (así, con mayúscula, y en general, o sea, todas las artes bellas y buenas) e introducirlo en el templo y llevarlo hasta el Altar mismo del Sacrificio augusto y al Tabernáculo en donde mora la Majestad soberana para erigirlo en ídolo que robe las alabanzas que sólo se deben a Dios n para que las comparta con él, sino para que alabe, ayude, enseñe y excite a alabar a Dios.

Para ese solo fin ha abierto la liturgia las puertas de sus templos al martillo y al buril, al pincel y a la lira, al pentagrama y al órgano, para alabar, cada cual a su modo, y mover a alabar diestra y sabiamente la gloria de Dios, el cantar con saboreo de los Salmos.

5134. *¡Qué historia tan gloriosa la del arte litúrgico! ¡Qué oficios tan honrosos los que ha ejercido y ejerce!*

A poco que se extienda la vista por nuestra catedrales y abadías y recoja el alma un poco de lo que bajo sus bóvedas y en los rincones de sus capillas se ve, se oye, se huele, se recuerda, se admira, se siente y se presiente, ¡cómo se encuentra uno con el arte misionero de pecadores, historiador de gestas gloriosas, premiador de proezas y heroísmos, estimulador de virtudes, aliviador de pesadumbres y cantor, siempre y esencialmente cantor de alabanzas de Dios!

¿Quién, fuera de los ángeles de la guarda, podría contar las lágrimas de arrepentimiento y de fervor arrancadas por la audición de los cánticos sagrados y la contemplación de los Cristo crucificados, y las emociones de dolor y de gozo, de ardimiento y serenidad, de remordimiento y alegría suscitados por las majestuosas ceremonias de la liturgia solemne y aun por los ritos devotamente celebrados de una Misa rezada, por los acordes de los órganos, por la luz tamizada por las imaginerías de las vidrieras, por el alegre o triste tañido de las campanas, por el resplandor modesto de los cirios y el aroma casto del incienso y por tantos y tantos servicios obtenidos del arte por la liturgia?

Y ¿cuántas preparaciones misteriosas de conversiones, aspiraciones, vocaciones y elevaciones podrían contarnos las ojivas y retablos de nuestras catedrales, los Cristos de Montañés, las Inmaculadas de Murillo, las notas de los Misereres y Te Deum, de los Glorias y Credos del arte Litúrgico? ¡Cómo a través de la historia de las almas se ha visto por encima o por dentro de todo eso cabalgar a la Gracia de Dios, que es la única elevadora y convertidora de verdad!

5135. *Ahí tienes, pues, lector, y amigo, si has tenido paciencia para leer hasta aquí, el fin y el objeto de este librillo:* las ascensiones del alma a *su Padre Dios por medio del arte litúrgico.*

Inmenso es el tema; pero lo concreto a cuatro ejemplos o cuadros, a saber: el arte en el Altar, en el templo, en la Misa y en el brevario, empujando al alma a la piedad para con su Padre-Dios.

Y cuenta que en esos cuadros, que separadamente y en forma de instrucción pastoral a mis diocesanos he ido dando, apenas si hago otra cosa que esbozar o recoger las primeras flores que vienen a las manos en ese pintoresco y variado vergel del arte Litúrgico.

Dos bienes os pido y espero recoger de la lectura de este ligerísimo ensayo: el primero, despertar en los fieles sed de las aguas de estas inexhaustas y desgraciadamente poco frecuentadas fuentes de

la liturgia. ¡Qué piedad tan limpia, jugosa, fecunda, bella y elevadora la que con aguas de liturgia se riega, purifica, hermosea, sacia...! Y el segundo, excitar a navegar por estas aguas a directores de almas, escritores ascéticos, predicadores, catequistas, artistas cristianos y en general a todos los que de algún modo adoctrinen o guíen a otros estudiando, meditando y saboreando la sagrada liturgia en su letra, en sus actos y en su espíritu, bien directamente, bien con el auxilio de diestros expositores y comentaristas.

¡Cómo se enriquecería la piedad cristiana con la vulgarización de esos tesoros aun entre los pequeñuelos de la familia cristiana!

5136. *Corazón de Jesús inmolado, centro vivo de toda la liturgia, Madre Inmaculada, altar primero, trono perpetuo, Esposa, Madre e Hija de la Trinidad augusta en cuyo honor vive y canta la liturgia, conceded a estas paginillas la fecundidad de lo que va ungido con el sentir de la santa madre Iglesia.*

Ronda, primer viernes de Mayo de 1932.

MANUEL GONZÁLEZ (+)
Obispo de Málaga

PRIMERA PARTE

El arte en el Altar

5137. El tema, como veis, tiene dos partes: Arte y Altar.

El arte

Quizá parezca a alguno extraño y fuera de lugar traer temas de arte a una instrucción pastoral a la que más parece que cuadran temas ascéticos o dogmáticos.

Creo, no obstante, que este tema bien merece ocupar la pluma y la palabra de un Obispo, puesto que, unidos y entrelazados con él, las circunstancias del día presentan temas y cuestiones del mayor interés espiritual y de la más profunda trascendencia religiosa.

La efervescencia e irrupción de *turismo* que invaden a las modernas sociedades y que parece tienden a hacer de la vida humana y de todas sus actividades y de todos los lugares de su habitación una *feria* perenne o una especie de *escaparate gigantesco o exposición universal perpetua*, y a dividir a los hombres en dos castas, de visitantes y visitados, esa irrupción, repito, está tratando también de invadir nuestros templos y nuestros cultos, so pretexto de admirar lo artístico y pintoresco, y pretende despojarlos o prescindir del fin altísimo para que aquéllos se edificaron y éstos se celebran y convertir lo que se ha hecho para alabanza de Dios, santificación de las almas y moralización de los pueblos en feria de recreo o escaparate de curiosidad.

No es mi ánimo ni de mi incumbencia protestar ni romper lanzas contra esas corrientes andariegas de nuestro siglo, que bien merecería llamarse del vértigo del correr: pero sí es mi deber y ministerio prevenir peligros de irreverencias y profanaciones e impedir confusiones de ideas que saquen las cosas del lugar en que Dios y la Iglesia las han colocado.

Bueno y justo es que se admire el arte en donde quiera que esté; pero no es bueno ni justo que esa admiración se tribute con perjuicio, postergación y hasta irreverencia de aquellos por quien y para quien el arte religioso hizo su obra; porque entonces la admiración se trocaría en idolatría o fetichismo o al menos en *secularización del arte.*

Y mucho me temo que esta orientación lleve este afán de apreciar y mirar nuestros templos sólo en cuanto museos, esa tendencia de sacar de las iglesias y quitar del uso religioso objetos y obras de arte para encerrarlas en vitrinas de exposiciones y hasta trocar el oficio y carácter de iglesias consagradas a Dios en el de museos profanos de arte las que tienen abundancia de esas obras que no pueden transportarse.

5138. Y ¡qué! ¿no es *secularización* del arte religioso esa moda, en mal hora importada sin duda de países protestantes, de adornar y enriquecer los palacios de los próceres con despojos artísticos de iglesias, como retablos e imágenes, faroles y blandones, facistoles y pergaminos de libros de coro, y... ¡menos mal aún si en estos traslados y acomodos hubieran conservado su nativo destino de servir al culto de Dios, y no se hubiera llegado a la triste profanación, que nuestros ojos han visto, de ver palios procesionales del Santísimo Sacramento servir para doseles y colchas de cama, capas pluviales, de paños de mesa y pantallas de chimeneas y Sagrarios, de buzones y tarjeteros y ¡cálices de centro de mesa para flores...!

Y suben de punto la pena y la indignación ante ese despojo de los templos y secularización del arte que nació para alabar y dar culto a la majestad soberana de Dios, cuando se tiende una mirada

por los barrios aristocráticos de nuestros modernos ensanches y se ve ese tristísimo contraste: de un lado los fastuosos hoteles y las pintorescas *villas* y los suntuosos palacios atiborrados de arte religioso en cancelas, lámparas, altares, mesas, retablos, colgaduras, candelabros y faroles y en medio o en un extremo del barrio de las casas ricas, la casa que sus *rumbosos* vecinos, por *fin*, han levantado a su Dios, en forma de capillita de *cemento armado*, cubierta con la económica y ligera *uralita*, adornada con santos y retablos de *escayola*, alumbrada con lámparas y candeleros de metal de Lucena, *plata-Meneses* o vidrio y paramentada con raquíticas casullas y ornamentos de *algodón-seda* o *sedalina*...

¡Duro es en verdad el contraste!, pero ¡ojalá no fuera tan frecuente y verdadero como duro! Y como sabemos que en la casi totalidad de los casos no es la irreligiosidad, que no debemos suponer, sino que unas veces la frivolidad ambiente o la esclavitud a las tiranías de la moda y otras la inconsciencia o falta de sosiego aun para darse cuenta de esos contrastes son las causas de los mismos, ved el por qué no es tema profano para una instrucción pastoral el hablar de arte y tanto más cuanto va unido con este otro tema:

El Altar

5139. Nos encontramos, a pesar de los tristes desvaríos que dejamos apuntados, en un período de sana reacción litúrgica y por la inmediata relación que con la liturgia guarda el arte, esa reacción alcanza, y no poco, al arte litúrgico.

Divulgar ideas que den orientación, alientos y aprobaciones a esa restauración del arte litúrgico y de la liturgia artística, es otro de los motivos que me ha movido a escribir estas paginillas.

He de permitirme, antes de entrar en esa explicación, exponer, para provecho y orientación de mis lectores, una idea y una protesta sobre la misión del arte en la Iglesia.

La idea

5140. El arte en la Iglesia es un accidente, no una substancia; es un medio, no un fin.

No se hacen las iglesias para atiborrarlas de objetos artísticos que atraigan *amateurs* y turistas que las curioseen y admiren.

Las iglesias se edifican para homenaje a Dios y servicio espiritual de los fieles; todo en ellas, pues, debe estar subordinado a ese fin.

Casa de Dios y puerta del cielo, hogar de las almas, casa paterna de los hijos de Dios, escuela de toda verdad, hospital de los corazones enfermos, despensa de almas hambrientas, faro siempre encendido de los navegantes del mar de la vida, se llaman con sobrada razón los templos católicos, y cuanto en ellos se hace, se dice o se expone, condicionado ha de estar por esas distintas denominaciones y oficios.

El púlpito, por ejemplo, es para que el predicador, que desde él enseña, pueda ser más fácilmente visto y oído por la congregación de los fieles.

El carpintero, pues, el marmolista, el herrero y albañil que lo construyan y el artista que lo proyecte y exorne, faltarán a la más elemental ley de construcción si no procuran que su púlpito, antes que obra rica de originalidad y de arte, sea púlpito, esto es, lugar desde el que con el máximum de facilidad se pueda hablar y hacerse oír[1].

La protesta

5141. Esta idea que expongo y que tiene todos los caracteres de una perogrullada, de puro sentido común, ha sido sin embargo olvidada, no tenida en cuenta y aun pisoteada por muchos, muchos artistas, aun de los llamados religiosos, y por sus fautores y mecenas.

[1] Actualmente se habla a los fieles en las iglesias, desde el ambón, utilizando el micrófono.

Desgraciadamente, hartas veces parece que se han hecho los templos para el arte y no el arte para los templos.

¿Casos?

El órgano, por ejemplo, que no tiene más razón de ser en las iglesias que sostener y dirigir la oración cantada y con sus armonías ablandar y elevar los corazones, en vez de servir para eso, en multitud de casos tiende a ahogar, dominar y hasta suprimir el canto de la oración y a entretener y disipar los espíritus con la ejecución, todo lo artística que se quiera, de conciertos, piezas y aires tan mundanos como profanadores de la casa de Dios.

Otro caso

El reloj dentro del recinto sagrado, si se limita a señalar sobriamente las horas para la puntualidad de los actos del culto, sirve a la iglesia; pero, si ese servicio lo presta por medio de una sonería o movimiento de juguetería, todo lo artística y original que queráis, no sirve a la iglesia, por la sencilla razón de que, en vez de fomentar la devoción, la disipa y distrae.

¡Y cuántos, cuántos ejemplos podría citar de desviaciones y de extravíos de la misión del arte dentro de la Iglesia, y que, por lo mismo, y a pesar de todo el respeto y el cariño que al arte hemos de guardar, merecen protesta y rectificación!

De cómo el arte, rico don del cielo, no ha guardado siempre en el templo el recogimiento debido

5142. En donde más olvidó el arte su misión de *medio* y de *servidor* y se alzó a la categoría de *fin* y de *señor* en el templo, fue en el altar del santo Sacrificio.

Aunque la frase parezca dura, puede afirmarse que, en su afán de lucirse, el arte se *ensañó* con la liturgia del Altar, no sólo relegándolo, a la mínima forma, sino aun desfigurándolo, desconcertándolo y esclavizándolo a su capricho.

No hablo de memoria o de fantasía, sino con hechos incontestables a la vista.

Y cuenta que aquí habla un ferviente admirador y devotísimo amigo del arte.

El Altar en el templo

5143. De todos es sobradamente sabido que el lugar principal de un templo es el altar. Es su clave de arco, su razón de ser, su punto de convergencia, su centro...

Como el Sacrificio es el acto esencial de la religión, el altar sobre el que se ofrece es esencial al culto que da la religión; hasta el punto que si levantáis un altar, por tosco y mezquino que sea, allí podéis decir que hay un templo; y en cambio, si levantáis muros elevados y preciosos y con ellos sostenéis bóvedas y artesonados riquísimos y los adornáis con imágenes y símbolos y con órganos y campanarios del más exquisito arte y con púlpitos muy sonoros y en medio de tantas magnificencias no levantáis un altar, llamad aquel lugar como queráis, palacio, salón, teatro, academia, liceo, pero no podréis llamarlo templo, porque no lo es. Le falta el altar.

¿Y en qué consiste el altar litúrgico católico?

¿Cuáles son sus elementos esenciales?

El altar, que no es ni más ni menos, según la etimología de san Isidoro, que un *alta ara*, tiene dos elementos esenciales: el sepulcro de un mártir y un crucifijo que pueda ser visto por todos.

Así, sobre el cuerpo de un inmolado por Cristo y ante la imagen del gran sacrificado, Jesús, modelo, fuerza y premio de todos los sacrificados, y, a ser posible, mirando hacia el oriente, quiere y manda la Iglesia nuestra madre, que se ofrezcan todas sus Misas y se celebre el acto esencial de su culto, se haga la profesión solemne de su fe y se aprenda a guardar su Código de moral.

¡Culto, dogma, moral, la Iglesia toda, en torno del Sacrificio y del Altar![2].

Ojeada histórica

5144. Como no pretendo hacer un estudio científico ni de liturgia ni de arte, y sí sólo vulgarización de ideas y notas que, quizá por sabidas, se hayan olvidado (y ¡cuánto ha dañado ese olvido!), para mi intento me basta dividir esa por demás curiosa e interesante historia de las relaciones del arte con el altar en tres períodos: 1º, de sumisión gloriosa; 2º, de engreimiento tiránico, y 3º, de conversión tímida.

El primer período dura casi los primeros doce siglos de la Iglesia. El segundo comienza el siglo XIII, se enseñorea con el Renacimiento y se ensaña por medio del hijuelo de éste, el Barroco, y todavía da señales de vida, y el tercero tímidamente en unas partes y decididamente en otras, inicia la sana reacción litúrgica y artística.

De cada uno de esos períodos diré, D.m., lo que más directamente toque al asunto.

[2] Cfr. TOMO I de estas OC, nn.173-178, pp.174-179.

PRIMER PERÍODO

De sumisión gloriosa del arte al Altar

El primer Altar

5145. El primer altar de la Iglesia fue la mesa de la Cena y la piedra y la Cruz del monte Calvario; en aquélla se ofreció el Sacrificio del Cordero que *había de ser inmolado*, en éstas el mismo Sacrificio del Cordero *inmolándose*, como sobre nuestros altares se hace diariamente en la oblación del Sacrificio del Cordero *inmolado.*

Por la dura y universal persecución con que comenzó a propagarse la Iglesia, los primeros altares de sus Misas eran de ordinario, una mesa de madera, un arca, una piedra, lo que se encontraba más a la mano. Sepultada durante tres siglos en las catacumbas, prefirió para altar, sin duda por divino instinto, la tumba de sus mártires. El Altar, pues, de las catacumbas solía ser esto sólo: el sarcófago que guardaba, enrojecido aún con la sangre recién vertida, los gloriosos despojos de los mártires del circo y una imagen del Buen Pastor, del pez de Jonás u otras bajo las que en aquellos tiempos de persecución se ocultaba la de Jesús Crucificado, esculpidas o grabadas en el muro del fondo del *arcosolio* (sepulturas cobijadas por un arco) que adornaba y honraba el sepulcro del mártir.

En los tiempos y en las ocasiones que durante esos tres siglos soplaban aires de libertad, o mejor, de tolerancia, no era raro ver a los cristianos reunidos en el atrio, corredor, o patio de alguna villa romana en torno de una mesa cobijada por rica tela, no se sabe si como reminiscencia del altar del templo de Jerusalén, del arcosolio de las catacumbas, como dosel de honor o simplemente como toldo para resguardar de los rayos del sol o de la lluvia al Pontífice celebrante en aquella iglesia improvisada al aire libre.

El Altar de las basílicas

5146. Enamorada la Iglesia de la forma del Altar tan simbólica y adecuada de las catacumbas, cuando comenzó a respirar aires de libertad, encargó al arte que trasladara este modelo a las basílicas romanas, que eran palacios de justicia o contratación, cuya estructura, con ligeras variantes, adoptó la Iglesia para templos.

Bajo la grandiosa cúpula y el riquísimo *baldaquino* que sucedió al arco del arcosolio y sobre elevada gradería de variados mármoles que cubría la cripta guardadora de la tumba gloriosa del apóstol de Jesús, se alzaba el altar sobrio, severo, rico[3], sin más adornos que los seis cirios de sus candeleros e irguiéndose sobre las luces de sus cirios la Cruz grande con Jesús enclavado en ella.

Y en torno del altar del Sacrificio los asientos del presbiterio para su sacerdocio jerárquico; al fondo y a la misma altura del altar, el trono del pontífice, y, como saliendo de su lado y formando corona de honor al altar, los clérigos mayores y menores ocupando los lugares propios de sus grados, y abajo del presbiterio el lugar de los fieles con sus separaciones de sexos y estados (religiosos, seglares, catecúmenos, neófitos y penitentes) recibiendo todos a boca llena los raudales de gracia divina que el Sacrificio celebrado por su pontífice y concelebrado por su clero, atraía del cielo y distribuía por medio de los santos sacramentos, de las prescripciones de buen gobierno y de la predicación de la palabra divina...

[3] Se hicieron altares con planchas de plata y oro; los siete de la basílica Constantiniana eran todos de plata.

La liturgia de la concelebración

5147. ¡Qué hermosa manera de representar y a la par hacer efectiva la unidad jerárquica diocesana y toda la admirable economía sobrenatural de la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica!

En aquel ocupar cada uno su lugar en torno del Altar de Cristo inmolado, única fuente invisible de la vida de la Iglesia y de todo sacerdocio, y en aquella unión, para la acción fundamental del culto, de sacerdotes con su pontífice, verdadera fuente visible del sacerdocio diocesano ¡qué bien se metía por los ojos hasta lo más hondo del alma lo invisible y lo visible de esta sociedad perfecta, cristocéntrica, jerárquica!

En torno de aquel Altar y de aquella única Misa y en presencia de toda la comunidad cristiana se desenvolvía toda la vida de la Iglesia y ésta cumplía sus dos grandes fines: la alabanza de Dios a gusto de Él, y la santificación de las almas.

Para prepararse a la Misa y tomar mayor o menor parte en ella, recibían los catecúmenos sus instrucciones, sus exorcismos y su Bautismo, los pecadores la imposición o remisión de sus penitencias y sus abluciones; dentro de la Misa, recibían la bendición nupcial los esposos, y la ordenación los nuevos clérigos, y la consagración los óleos de la Extremaunción, Confirmación y de las ceremonias que los exigen, y de la Misa participaban todos por la Comunión de la santísima Carne y Sangre del Cordero inmolado.

5148. ¡Qué acciones de gracias, por sentir a Dios tan satisfecho con la oblación del Sacrificio de su Hijo y a las almas tan rebosantes de la gracia y los carismas que aquel Sacrificio les valía y ganaba! ¡Qué *postcomuniones* tan paladeadas por toda la asamblea y presentadas al Padre celestial por sus pontífices y sacerdotes, las de aquellas Misas tan bien aprovechadas! ¡Qué alegres y alentadoras para las luchas de la semana las salidas al espacioso atrio después de participar de aquellas Misas, sintiéndose todos *tan unos con su Dios* por medio de su Cristo inmolado y comulgado, *tan unos con los demás fieles* por la participación común recibida en torno del mismo Altar!

¡Pobre liturgia y pobre espíritu litúrgico y eclesiástico!

Cuando se comparan aquellas post-Misas, aquellas salidas de Misas tan rebosantes del gozo de la caridad con las salidas de nuestras Misas de funciones principales, tan frías como ruidosas, de nuestras Misas parroquiales sin parroquianos, de nuestras Misas de doce y de una tan profanadas con exhibiciones atrevidas y disipaciones paganas...!

El buen servicio del arte

5149. Volviendo a mi tema de las relaciones del arte con la liturgia, hasta este momento que describo, aquél había servido a las mil maravillas su oficio.

Tanto en las catacumbas como en las basílicas, fue un fiel servidor y digno de todo encomio de su señora la liturgia.

Serán siempre glorioso testimonio de este bueno y leal servidor lo mismo las vacilantes y a veces infantiles inscripciones y relieves de las catacumbas propios de un arte niño recién nacido y recién bautizado, como las grandiosas y atrevidas composiciones de los policromados ábsides, así como las acertadas y graciosas distribuciones de sus ginéceos y girolas, de sus narthex y atrios y las fecundas inventivas de los capiteles, archivoltas, mosaicos y tímpanos del flexible arte romano y del adusto y recio arte románico.

¡Con qué gracia y delicadeza, entre otros ejemplos que pudiera citar, ha recogido el arte el encargo de la liturgia de conservar para el Altar del Sacrificio el lugar preeminente, no permitiendo primero que se coloque nada sobre la piedra sepulcro que esencialmente la forma, ni luces, ni Cruz, ni aun el Sagrario mismo e ideando después para estos elementos lugares adecuados y honrosos!

5150. Colocada la Cruz o colgada del techo del baldaquino o sostenida al lado del Evangelio por un subdiácono revestido, mientras la celebración de los santos Misterios, la alumbraba de uno de estos cinco modos, que nos muestra la arqueología: o en arañas pendientes del mismo techo del baldaquino, o de una viga delante del arco toral o de enfrente al altar, o sobre candeleros o ciriales sostenidos por los ceroferarios que acompañaban al subdiácono cruciferario, o sobre dos mesitas o credencias a los lados del altar y separados del mismo, o, por último, colocando dos cirios cortos sobre los brazos de la misma Cruz.

A todos estos procedimientos recurren el arte y la liturgia para dejar intacta la piedra santa y ungida del Altar. Y se declara más este empeño de reservarlo sólo para el santo Sacrificio, cuando se ve que el mismo Sagrario de estas primitivas iglesias no descansa sobre la mesa del altar, sino que, como la Cruz, cuelga en forma de paloma de la cúpula del ciborio o baldaquino.

Así se comprende mejor cómo al celebrar la santa Misa el pontífice de cara al pueblo, éste sin obstáculo alguno podía contemplar y seguir todas las ceremonias, pues ni aun el misal o los libros que le precedieron descansaban sobre el altar, sino, en los momentos precisos, sobre los brazos y frente de los ministros que los sostenían y presentaban.

En aquella desnudez del altar y ante aquella figura saliente del pontífice celebrante ¡qué bien se representaban las dos ideas madres de toda la religión, Sacrificio y sacerdocio... y todo lo demás brotando de ahí...! De aquella desnudez del altar a estos altares armarios, cómodas, consolas, peanas y arca de cosas viejas, que hartas veces se estilan, ¡qué abismo!

El arte y la cruz

5151. Las mismas formas bajo las que fue el arte presentando la cruz, ¡cuánta propiedad y gentileza descubren!

Sea por atenuar lo triste y doloroso del recuerdo, aún tan vivo, de la ignominia de la muerte en cruz de nuestro Señor, sea por no estar todavía abolida la muerte en cruz para los más depravados criminales, sea por temores de fomentar de algún modo las predicaciones heréticas contra la santa humanidad de nuestro Señor Jesucristo de nestorianos y eutiquianos, es lo cierto que así como en las catacumbas por miedo a la persecución se representaba a Jesús en forma de serpiente (recordando la del desierto de los israelitas), de Jonás, de las letras griegas Alfa y Omega (principio y fin), de una rosa en la punta de una vara (flor de Jessé), del Pez, etc., etc., desde el siglo IV en que Constantino puso la Cruz sobre sus estandartes, sus monedas y sus vestiduras imperiales, hasta el VI o VII se usó sólo la Cruz sin crucifijo o con un Cordero sacrificado en su centro y a veces también en los cuatro extremos.

Y es de notar que durante unos seis siglos o más, el arte más veces representa en los crucifijos a Jesús rey desde la Cruz vestido con túnica y ceñido con corona real, sin duda como reacción contra la ignominia y el ludibrio de su Pasión y Muerte y de la larga persecución en sus miembros sufrida durante tantos siglos.

Desde el siglo XI se va acentuando la tendencia a la representación de Jesús atormentado, agonizante y muerto en la cruz como ya desde el XVI es uso constante en toda la Iglesia.

SEGUNDO PERÍODO

Del engreimiento del arte sobre el Altar

La decadencia del rito de la concelebración

5152. Un hecho transcendental en la historia de la liturgia rompe en muy poco tiempo la gloriosa sumisión de doce siglos del arte al Altar.

Ese hecho es la abolición del rito de la concelebración de la Misa por el Obispo con sus sacerdotes.

Durante esos doce siglos la santa madre Iglesia había tenido tanto afán en conservar y mostrar la unidad jerárquica diocesana por medio de la celebración de los santos Misterios, en mantener en contacto constante a sus ovejas con sus pastores en el acto esencial de su culto, la santa Misa, y por la irradiación de él en la manifestación y desarrollo de la vida divina, que antes de desprenderse del rito de la concelebración de una misma Misa por el Obispo con su presbiterio (tan a propósito para representar, recordar y hacer efectiva y fecunda aquella unidad) permitía, cuando la multiplicación de los fieles los exigía, a sus Obispos, tres, cuatro y cinco Misas[4] en cada domingo siempre en unión de sus sacerdotes.

Cómo se fueron introduciendo las Misas privadas

5153. Cierto que en los demás días de la semana se fue autorizando poco a poco la celebración privada de cada Obispo y sacerdote, y a España le cabe la gloria de haber tenido en vigor este uso de la Misa privada diaria antes del siglo IV, mucho antes que otras naciones, pero en el domingo y día de fiesta, prohibidas las Misas privadas, era obligatorio para todos los fieles la asistencia a su Misa pontifical, si vivían en Roma o en la capital de la diócesis, o parroquial en otro caso.

De ahí precisamente proviene que primero se haya celebrado en la Iglesia la Misa solemne que la privada y que la liturgia de ésta no sea más que una reducción o abreviación de la de aquélla como recuerda aún la multitud de antífonas, salmos o himnos incoados del *Ordo* de nuestras Misas privadas que eran íntegramente cantados en las Misas solemnes.

¿Las causas?

5154. Dejo a los historiadores y expositores de liturgia y del Derecho, la enumeración de las causas de la desaparición del rito de la concelebración[5], a las que ciertamente no fue extraña la larga y desastrosa residencia de los Papas en Aviñón, ni fue ajena, según el valioso testimonio del Cardenal Bona, la aparición de las Órdenes mendicantes con su multiplicación de Iglesias, a más de las parroquiales existentes, con sus facilidades para la recepción de sacramentos de Penitencia y

[4] Del Pontífice León III cuentan sus biógrafos que *concelebraba* con su clero cada domingo *ocho y nueve* Misas para que toda Roma pudiera asistir a la Misa pontifical y participar de ella.

[5] Cfr. Concilio Vaticano II, Constitución «Sacrosanctum Concilium» nn. 57-58 que hablan de la concelebración.

Comunión, con necesidades de aplicar en Misas las cuantiosas limosnas a ese fin recibidas de los fieles, y con la atracción que necesariamente habían de ejercer sobre éstos el fervor y la abnegación de los nuevos institutos, etc., etc.

Y sí me atrevo a asegurar, que como causa o como efecto, con la desaparición de este rito y con la disminución de la liturgia pública y colectiva está muy unida la invasión (así puede llamarse) de exenciones, con respecto a la jurisdicción episcopal, de Órdenes, instituciones, cofradías, caballerías, territorios, iglesias, abadías, prioratos y cargos eclesiásticos que caracterizan singularmente a los siglos XIV y XV, hasta el extremo que seguramente en no pocas diócesis no quedaría otra ocupación a los Obispos que atender al mantenimiento e instrucción de sus tropas de pecheros, a la rotura, al cultivo y a la defensa de sus campos y castillos o a la prestación de auxilio a las guerras de los señores vecinos o de los reyes de sus territorios.

5155. ¡Triste, en verdad, enfadoso y funesto contraste entre estos dos cuadros, el de sana y ordenada centralización del culto y de la vida religiosa diocesana en la persona y autoridad del Obispo con su clero unido a él en doce siglos y el de huida o recelo de la jerarquía diocesana, que a no mediar la asistencia indeficiente del Espíritu Santo sobre la Iglesia y la institución divina del episcopado, hubiera acabado por dejar cesantes a todos o a la mayor parte de los Obispos de su ministerio sagrado o condenados a un insoportable aislamiento burocrático señorial totalmente incompatible con el *te puse para regir la Iglesia de Dios...* y el *apaciente la grey de Dios...!*

Es lo cierto, que esa misma tendencia a la descentralización del culto y de la vida eclesiástica que se inicia en el siglo XIII y prosigue avasalladora en el XIV y XV, a la par que separa a los fieles de la Misa y del ministerio pastoral de los Obispos en las catedrales, los aleja de las de sus párrocos y acaba con las asambleas parroquiales del domingo, a pesar de las constantes y enérgicas protestas de la Iglesia por sus Concilios provinciales que repetían la prohibición a los religiosos y sacerdotes no párrocos de tener Misas, oficios y predicaciones los domingos y fiestas en sus iglesias para no impedir a los fieles que acudieran a sus respectivas parroquias[6].

5156. En el siglo XVI, por último, se da un paso definitivo en la descentralización por la Constitución Apostólica *Intelleximus,* de León X, que declara que los domingos y fiesta se puede oír Misa en la iglesia de los religiosos mendicantes sin cometer pecado mortal ni contraer penas canónicas.

Hoy apenas queda del rito de la concelebración otro rastro que la Misa de la ordenación de los presbíteros y la Misa y consagración de óleos del Jueves Santo.

¿Qué hace entre tanto el arte? Huye y se emancipa de la liturgia, como los fieles. Veréis la historia...

Cómo coincide con la decadencia de la liturgia la emancipación y engreimiento del arte

5157. Para el fin de estas líneas, que es señalar las relaciones del arte con el altar, me basta hacer constar que con la desaparición del rito de la *concelebración,* y repito, no sé si como causa o efecto, se inicia en la Iglesia un largo período de decadencia litúrgica y que quizá el elemento que más sintió los efectos deplorables de esa decadencia fue el más digno de todo respeto, el Altar.

Es muy digna de ser estudiada la evolución por la que le hacen pasar la ignorancia y decadencia del espíritu litúrgico de los directores y mecenas del arte llamado religioso. ¡Lástima que un arte tan fino, rico y pródigo tuviese tan desacertados consejeros!

[6] La Colección de Concilios de Mansi está llena en sus tomos 23, 24 y 25 de documentos conciliares de esta índole.

A grandes rasgos, no más, expondré las dos curvas divergentes, que comienzan a correr dentro del templo, la liturgia y el arte a partir del siglo XIII.

Ved si no en ese tiempo lo que fue diciendo y haciendo el arte.

El trono del Obispo desaparece

5158. Si el Obispo no ha de decir su Misa, pública y solemne ya tan frecuentemente, mirando al pueblo desde el lado allá del Altar como en la Misa de concelebración, ¿por qué ha de quedar su trono tan detrás del Altar? Pongamos al Obispo en donde se vea más *cuando tenga que ir* a su catedral.

Con un dosel de *quita y pon* al lado del Evangelio tenemos ya bien colocado al Obispo... *cuando vaya a su iglesia.*

Aparece el retablo

5159. Quitado el sitial del Obispo del fondo del presbiterio, ¡quedaba tan desairado el altar!... Podríamos agrandar un poquito los dípticos o trípticos o sacras y, en vez de los nombres de los vivos y difuntos por los que había que pedir, a los que había que encomendarse, podríamos pintar unas imágenes o colocar unas estatuas o relicarios... y comienzan los respaldos o *retablos (retro tabulam)* que llegan a ser los enormes retablos de batea del estilo ojival con un sin fin de tablas primorosamente pintadas o esculpidas y los exagerados retablos del Renacimiento repletos y recargados de pórticos y columnas, frutas y flores, cuernos de la abundancia y ángeles mofletudos y cariátides grotescas.

El baldaquino suprimido

A medida que se agrandan y recargan los retablos desaparecen los *baldaquinos,* el *dosel de honor* para el más augusto lugar del templo y la función más santa.

La Cruz errante

5160. Y falta sitio para la Cruz grande, elemento litúrgico indispensable, y es colocada como remate de las elevadas bateas góticas y tan alta, por consiguiente, que cuesta trabajo mirarla o se queda definitivamente sin sitio ¡en el altar! como en la mayor parte de los demás retablos en los que parece que la han condenado a estar perpetuamente errante, delante de la puertecita del Sagrario y sujeta por tanto a los movimientos de ésta, dentro del manifestador (lo que está prohibido) cuando no hay manifiesto o como remate diminuto de la sacra central.

¡Hasta el Altar peligra!

5161. Las mesas del Altar en este desquiciamiento litúrgico se adhieren o adosan a esos enormes muestrarios de colores y tallas, de fauna y flora doradas, como una cornisa, un saliente más cuando no como un arca para guardar cosas viejas o un apéndice de *quita y pon,* como antes con el sitial del Obispo, del que se puede prescindir o usar para que sirva de sostén o floreros, candelabros, nubes y demás bambolla en las grandes iluminaciones de las pomposas novenas y ruidosas funciones.

¡Pobre Altar litúrgico! ¿Podía rebajarse y desnaturalizarse más? Habría que despojarlo más aún.

Presbiterio sin presbíteros

5162. Aunque la liturgia y el dogma habían convenido en representar el sacerdocio como un círculo cuyo centro es el Sacrificio y el arte litúrgico puso el Altar del Sacrificio en el centro del presbiterio o lugar de los presbíteros, el arte ignorante de la liturgia se dijo: Dejemos los presbiterios para que luzcan más y mejor nuestros vistosos *retablos*; en cambio hagamos para el clero unos magníficos coros de mucha talla, de mucha riqueza artística y pongámoslos en medio de las iglesias para que *se vean mejor* y se admiren más nuestros alardes artísticos...

Los quejidos de la liturgia

5163. Pero ¿y los fieles, cómo verán el Altar en esas catedrales truncadas? ¿Cómo asistirán en familia a la Misa?, replicaba la ofendida liturgia. ¡No importa, proseguía altanero y engreído el arte: ya haremos muchas capillas y altarcitos, con muchos primores también, para que cada cual vaya a Misa y rece en donde quiera, según su piedad y gustos particulares.

Pero ¿y la Misa pontifical o parroquial oída y participada por todos? ¿y el culto colectivo?, suspiraba la angustiada liturgia.

-¡Antiguallas!, replicaba el engreído vencedor, ¡el arte ante todo!

La tiranía artística triunfa

5164. Y siguió el camino de devastación del sentido litúrgico y de ostentación a todo trance y por encima de todo, y en lugar de la graciosa balaustrada baja que separaba el presbiterio del lugar propio para los cantores y para el pueblo fiel, forjó y cinceló unas cancelas altísimas, de gruesos y labrados barrotes de hierro o bronce de complicadísimos adornos y encajes, elegantes, atrevidas, preciosas... pero con toda su preciosidad, más propias para quitar los santos Misterios y sagradas ceremonias de la vista del poco pueblo que aún cabe entre el Altar y el coro de en medio de la iglesia...

Y prosiguiendo su desaconsejado camino, labró unas cruces y ciriales procesionales de cincelados y filigranas de tan subido valor, como pesados, que o no podían ser llevados en la procesión por el muchas veces viejo subdiácono ni por los niños de coro y sí sólo por mozos de cordel alquilados y uniformados para ese oficio...

Y colocó los Sagrarios, ¡la despensa del Pan espiritual de cada día! en lo más alto de los altares y los manifestadores de su divina majestad en lo más empinado e inaccesible de los mismos, y para pasear triunfalmente al Santísimo Sacramento por las calles fue construyendo custodias tan ricas como pesadas y superiores a las energías del sacerdote más forzudo, cuyas manos consagradas son el mejor trono y la mejor silla gestatoria de Jesús, y hubo menester echar mano de andas que las hizo muy vistosas, es verdad, pero que sin el empuje de mozos de cuerda no pueden moverse...

5165. Y puso los ojos en las imágenes sagradas y ¡cómo las vistió y las revistió a las veces!, y ¡cómo las acompañó hartas veces, en lienzos y retablos, en respaldos y sillerías de coro, en exornos de pilares y portadas de templos y en las piedras de los mausoleos y criptas, de dioses de la gentilidad pagana, y de figuras y símbolos profanos y atrevidos...!

Y, a fuerza de dilapidar los tesoros con que la piedad, desorientada o poco ilustrada, lo alimentaba, el arte empobrecido, parece que empleó sus últimos alientos en empobrecer y desfigurar los ornamentos sagrados... y las solemnes y vistosas casullas se trocaron en las raquíticas *guitarras* de nuestros días, las dalmáticas y capas amplias de ricas imaginerías bordadas a mano, en recortados mandiles y capitas inglesas de algodón o seda vegetal, con imaginería de fábrica o de pintura, del mismo modo que a las ricas y suntuosas edificaciones de piedra o ladrillo tallado

sucedieron los *góticos de repostería* y las edificaciones de *cemento armado* y las imágenes de cartón madera...

Pero ¿a qué seguir?

¡Si con lo apuntado sobra para justificar el título de *engreimiento tiránico* con que califiqué este segundo período de la historia o monografía que vengo haciendo de las relaciones del arte con la liturgia y especialmente con el Altar litúrgico!

A cada uno lo suyo

5166. Y de esa historia y de los testimonios que aun quedan, salta a la vista de todos que, por muy digno de estima, admiración y encumbramiento que sea el arte, están por encima el cariño y la veneración que a la liturgia se deben y todos los títulos nobiliarios y servicios inapreciables de aquél no pueden impedir que al gesto de gratitud honda y larga que la Iglesia le debe, se mezcle el ¡ay! de lastimada y despreciada.

TERCER PERÍODO

De reacción litúrgica lenta

Lo que había quedado

5167. Desolador en verdad ha sido el cuadro que acabo de presentaros de los estragos perpetrados por el arte engreído y tiránico contra la arrinconada liturgia.

No todo, sin embargo, se había perdido en el naufragio y en el despojo de la buenas doctrinas y prácticas litúrgicas.

Así tenía que ser al fin y al cabo; el árbol de la liturgia con sus raíces divinas y su savia dogmática y su cultivo a cargo de la Iglesia indefectible, no podía ser tronchado, secado ni marchitado por la yedra humana del arte.

Quedaron en pie en medio de tantos atropellos, como testigos acusadores y semilla de resurrección, las basílicas romanas conservando su Altar Papal cobijado por su baldaquino de honor, con un solio para el pontífice al fondo y su coro para el sacerdocio jerárquico en torno de aquél.

Quedaron en pie y en la misma disposición que en las basílicas romanas los altares pontificales y abaciales de alguna que otra catedral y monasterio.

Desgraciadamente, en nuestra España, tanto en sus magníficas y espirituales catedrales góticas como en sus abadías, apenas quedó rastro del Altar litúrgico primitivo.

Parece que eso que ahora ha dado en llamarse *ola de locura* invadió los recintos sagrados, achicando, despojando y arrinconando el Altar e inutilizando las iglesias, que precisamente se hicieron grandes para que en ellas se reuniera y cupiera *todo el pueblo* fiel ante el Altar central o mayor, con los descomunales estorbos de los coros en mitad de ellas.

El alba de la restauración litúrgica

5168. A Dios gracias y merced a los meritísimos trabajos de investigación, de apología y de apostolado de la liturgia que se vienen realizando, singularmente, y es de justicia confesarlo, por la egregia Orden benedictina, podemos saludar el alba de la restauración litúrgica, si no tan rápida como fuera de desear, sí sólida y admirablemente orientada y esperanzadora.

Dos casos

Como no escribo una obra minuciosa de crítica artística ni litúrgica, sino de síntesis histórica y orientación litúrgica en favor principalmente de mis seminaristas y sacerdotes, más que seguir paso a paso un camino, he de preferir detenerme en las cumbres para desde ellas extender la vista y apreciar el conjunto.

Y en esa contemplación desde la altura, diviso dos casos que merecen citarse como muestras elocuentes de una valiente y decidida restauración litúrgica y artística.

El primero es la construcción de la basílica de la Sagrada Familia en Barcelona, de cuyo autor y alcance me ocuparé más tarde.

El otro caso es el de la catedral de Oviedo.

Destruido y destrozado por un incendio, a fines del siglo pasado, según me contaron, el antiguo coro de en medio del templo (hay que reconocer que no siempre los incendios *son mal intencionados*), el reverendísimo Prelado a la sazón, guiado por un gran conocimiento y amor de la liturgia, construyó el nuevo coro no en el lugar en que *estorbaba* el otro, sino en el presbiterio en torno del Altar, cobijado bajo artístico baldaquino.

¡Qué bien, si la reconquista litúrgica comenzada en Asturias siguiera la misma suerte de la reconquista patria en aquellas montañas iniciada!

Un crítico de arte, en la descripción de esta reforma del coro asturiano, se permite decir que aquella catedral se dejó invadir de la *moda* de quitar los coros de en medio de las naves centrales. ¡Bendita moda! ¡Que no lo fuera de verdad!

5169. Lo cierto es, que en los últimos años del siglo XIX y en los que llevamos de éste, la sagrada liturgia se va viendo desagraviada, estudiada, conocida, amada, buscada, enaltecida y colocada en el lugar de honor que merece.

A estos dos casos ejemplares de restauración litúrgica puedo añadir con gusto en esta edición el de la catedral de Granada, en la que su llorado Cardenal Casanova, venciendo obstáculos y críticas de los enemigos de la llamada *moda*, ha devuelto al Altar su coro y a los fieles la hermosísima nave central. ¡Cuánto me holgué en la inauguración solemne contemplando más de *diez mil* fieles *viendo* el Altar de su Misa!

Lo que hace falta para la restauración

5170. ¡Ojalá se entre y ande cada día con más valor por ese camino, todavía andado por muy pocos!

Y pongo la palabra *valor,* porque lo ha menester quien se decida a romper lanzas con los grandes enemigos de la liturgia: la rutina, los prejuicios, la ignorancia y la tibieza en el amor a la santa madre Iglesia.

Un ejemplo y una prueba a la par de que sin un *gran valor* no se va sino a una reacción *lenta y tímida* los da el Altar tal y como se va construyendo hoy. Es cierto que se le va dando más realce e importancia separándolo del retablo (cuando de Altares mayores se trata), pero en vez de *baldaquino* para todo el Altar, no se construye más que para la exposición solemne del Santísimo y el Altar del Sacrificio queda sin su *dosel de honor*. No es eso lo que *manda la liturgia*. El baldaquino debe cubrir todo el Altar y ya huelga otro que cobije el Sagrario o la custodia. El mejor trono para la exposición es el Altar.

Restaurar todas las cosas en Cristo

5171. Aquel grito del gran Pío X, de restaurarlo todo en Cristo, o sea, de hacer que todo lo cristiano fuera y se hiciera más cristiano y a su vez todo lo de la Iglesia fuese y se hiciese más eclesiástico, ha sido, a mi ver, la voz de la resurrección de muchas cosas que estaban o parecían muertas en la Iglesia y entre las que se contaba el sentido tradicional litúrgico.

Es indudable que, a partir de aquel grito del inolvidable Pío X, la liturgia arrinconada en no pocos lugares sagrados comenzó a sacudir el polvo que olvidos, pretericiones, ignorancias, desprecios y mixtificaciones habían hecho caer sobre su venerada y bella figura, y a imponer orden y regla y respeto a sus engreídos e infatuados despreciadores como la rutina, el mercaderismo, la piedad desorientada y sin jugo y el arte desmandado.

A poco de su elevación al solio pontificio provocaba Pío X en la Iglesia por medio de su Motu propio de 22 de noviembre de 1903 un enorme movimiento de renovación litúrgica, precursor a su vez de otras reacciones y retornos a la tradición eclesiástica.

Decía Pío X:

5172. «Siendo nuestro más vivo deseo que el verdadero espíritu cristiano reviva de todos los modos y alimente a todos los fieles, es necesario, ante todo, proveer a la santidad y a la dignidad del templo en donde los fieles se reúnen precisamente para encontrar en él este espíritu en su fuente primitiva e indispensable, a saber: *la participación activa en los Misterios sacrosantos y en la oración pública y solemne de la Iglesia»*.

Lo que respondió la Iglesia

5173. Y a la palabra resucitadora del santo pontífice fueron enmudeciendo las algarabías musicales más o menos artísticas que profanaban los templos y los llenaban de recuerdos e incentivos mundanos y se comenzó a oír en ellos el canto reposado, dulce, santificador de las oraciones y alabanzas litúrgicas en melodías gregorianas por las muchedumbres de los fieles, y la Misa, dejando de ser en la rutina inconsiderada de los fieles una cosa o escena a la que se asistía más o menos aburridamente, volvió a ser en la conciencia ilustrada la gran acción litúrgica y católica, el gran Sacrificio de alabanza, acción de gracias, expiación e impetración a Dios de la gran familia católica, así como el gran banquete en torno del cual se sientan todos los hijos y del que participan la misma vida divina.

5174. No me es dado seguir paso a paso la descripción de la obra restauradora tan fecundamente iniciada por Pío X y generosa y espléndidamente seguida por las acertadísimas disposiciones de sus venerables sucesores, Benedicto XV y Pío XI, y he de contentarme con consignar que nos encontramos en presencia de un hermosísimo despertar del sentido tradicional litúrgico, y que la liturgia, esa gran maestra de la alabanza que gusta a Dios y de la pedagogía que educa, salva y santifica a las almas, está hoy siendo de nuevo buscada por la piedad cristiana para recibir de ella su orientación y su jugo, y por el arte, que quiere ser cristiano, para tomar de ella su inspiración, su seguridad, sus puntos de vista, sus horizontes y su consagración.

Dígalo, entre mil pruebas que pudiera citaros, el número considerable de revistas y libros que con ese fin y carácter se están escribiendo y de escuelas y academias de arte litúrgico que se están fundando en España, Italia, Francia, Bélgica, Alemania, etc. Como los cristianos de las catacumbas exclamarían el *resurrexit* al ver salir de las obscuridades de aquéllas a las esplendideces y claridades de la basílica romana el Altar y recibir el homenaje del arte dócil, ordenado y ranciamente litúrgico, así nosotros podemos ya prepararnos a cantarlo.

Un restaurador eximio del arte litúrgico

5175. Huélgome en presentaros la figura de un insigne arquitecto,cuya muerte aún lloran incontables admiradores, que llevado de su gran piedad hizo de su arte genial el más fiel y devoto servidor de la liturgia. Cedo la palabra a la veterana revista «El propagador de la devoción a san José», órgano del famoso templo en construcción en Barcelona de la Sagrada Familia, del que os prometí hablar.

Gaudí, el amigo de la liturgia sacra

5176. Cuando don Antonio Gaudí y Cornet, a los cuatro años de obtenido su título de arquitecto aceptó el encargo del fundador de la asociación Josefina de dirigir la construcción del gran templo expiatorio, empezado el año anterior, no sabía absolutamente nada de liturgia, desgracia común en

aquellos tiempos de 1883, en los que las más de las veces cada cual celebraba los cultos con el esplendor que le sugería la fantasía, olvidada la liturgia que aquí y en casi todas partes no era ni enseñada.

Sintió Gaudí en seguida el peso de su responsabilidad en la dirección. No fió únicamente de su gusto y conocimientos técnicos, sino que sintió dentro de sí que una iglesia no es sólo una obra de arte. Pidió consejo, y lo obtuvo feliz; lea usted el Año Cristiano y allí encontrará el ciclo del año eclesiástico. Este fue el primer paso. Y lo dio seguro, porque, además, miró atentamente las viejas basílicas y sus ojos y su mente se fijaron en el proceso evolutivo del Altar.

En la rápida construcción de la cripta, especialmente la habilitación de la capilla de san José, a fin de poderse celebrar en ella el santo Sacrificio de la Misa, se nota ya la primera influencia y la directriz para tiempos posteriores. La mesa del Altar tiene sólo una grada y reposa en ella el Sagrario. San José preside la capilla en un pedestal en la pared de detrás de la mesa. Alrededor de la imagen de san José vidrios esmaltados con la primera inscripción del templo: *Ora pro nobis*. Algunas de las cristaleras de los ventanales evocan los ángeles del Paraíso y entonan el *Sanctus, Sanctus, Sanctus*. Por fin, el hermosísimo dibujo del mosaico romano del pavimento es una alegoría de la Eucaristía. Con haber símbolos e indicaciones, no hay profusión de unos ni otras.

5177. La construcción del ábside continúa en el mismo orden: Las gárgolas, estilizadas en forma nueva, recuerdan los monstruos de las construcciones medioevales. Cuando los muros del ábside llegan a cierta altura se abren en capillas que en lo futuro deberán contener los fundadores de las Órdenes religiosas, esas virginales paternidades que al pie del cimborrio de la Virgen Madre de Dios, forman ya una visión alegórica integrante del pleno conjunto.

Es en este tiempo cuando Gaudí reside en Astorga, con el Obispo doctor Grau. Comparte su vida. Vive en el ambiente de su virtud y sabiduría. Concurre a los pontificales, interviene en soluciones de cosas del culto y de la liturgia. Admira las riquezas de aquellos templos de las diócesis de León y Astorga, que recorre largamente y a pie. Tal es la riqueza de aquellos Sagrarios que el Obispo consulta a Roma si, dada la extraordinaria riqueza de metales y mármoles, puede prescindirse del uso del conopeo en aquellos Sagrarios, y la Sagrada Congregación contesta que no.

Esta decisión queda fijada en la mente de Gaudí, que la repite constantemente y saca de ello normas que le atan al cumplimiento estricto de los cánones litúrgicos que la Iglesia se impone, siempre con razones adecuadas y sin réplica.

5178. Pocos años después de la muerte del Obispo de Astorga, otro insigne Obispo, el de Mallorca, doctor Campins, le llama a su palacio y allí le retiene mientras Gaudí restaura febrilmente la obra magnífica que es la catedral de Palma.

Gaudí se encuentra a pleno gusto en su elemento. Venera al Prelado por su virtud y por su talento. A su mesa, lo sabroso del platicar excusa toda otra sabrosidad. Una catedral que crear y una catedral que restaurar tiene a su responsabilidad Gaudí cuando Dios le hace en el ilustrísimo Campins el don precioso de un enamorado de la liturgia y cumplidor estricto de sus preceptos. Siempre Gaudí evocará aquellos pontificales magníficos y no se borrará jamás de su memoria aquel último pontifical, la muerte del Obispo, con el ceremonial del Obispo en mano, muriendo santamente, según la Iglesia prescribe, a la vista de su rebaño.

5179. Otra flecha lleva clavada Gaudí en su corazón cuando regresa definitivamente de Mallorca: el canto del pueblo en la iglesia. En mil lugares ha oído cómo el pueblo se eleva al cielo al cantar los divinos oficios, con toda su alma, con todo su arte, con verdadera perfección: con el Obispo Campins ha visitado aquellos pueblos. Ha llegado a llamar a Palma el coro de un pueblecito pequeño en el que el canto de los fieles era la misma perfección. Es precisamente cuando el Papa Pío X alienta la participación de los fieles en el canto y excluye de la casa del Señor la música profana.

Gaudí está en su camino: se le han señalado los apoyos seguros: las rúbricas del misal romano y las rúbricas del ceremonial de Obispos. Los comentarios de revistas y de libros, las ventanas

abiertas de las concesiones no le seducen; son, dice Gaudí, puntos de vista de un particular que por muy sabio que sea, ¿cómo es posible parangonar con quienes establecieron las pristinas rúbricas del misal y del ceremonial? Con su lectura ha venido la lectura reiterada de los Evangelios y del salterio, las Misas de todo el año, las prescripciones de la Santa Sede, el estudio propio de las basílicas. Puede decirse que Gaudí se ha saturado de ciencia litúrgica bebida únicamente en las primeras fuentes, las que manan el agua de vida.

5180. En aquellos años de Astorga y Mallorca, la mente de Gaudí concibe la fachada del nacimiento. Las aristas del ábside han desaparecido; los grandes muros del ábside han desaparecido también. La naturaleza alabando a su Creador que en el salterio canta himnos de júbilo y de gracias lo cubre y lo llena todo, dando acogida a mil símbolos, a mil personajes, a mil anagramas que permiten contemplar en aquellas puertas los misterios de la fe, de la esperanza y de la caridad, los misterios del Rosario, los pasos de los siete dolores y gozos, el proceso de la glorificación de María, la sangre divina extendiéndose por todo el mundo, este himno único en su concepción y en su desarrollo, que se alza en el azul de los cielos, anticipando ya en la tierra el canto del paraíso, el *Sanctus, Sanctus, Sanctus, Hosanna in excelsis*, que repite en las grandes torres de los campanarios coronados por la cruz y hace exclamar al Nuncio del Papa: Sois el Dante de la arquitectura; y la réplica inmediata de Gaudí: ¿y quién no es poeta en compañía de la Iglesia?

5181. El poeta continúa su trabajo: ha dibujado la fachada de la Pasión; dirige la maqueta embrionaria de la fachada principal sobre cuyos paraboloides estructurales -que llegan a parecer monstruos en su primera aparición de grandes masas que han de ser cinceladas con buril de orfebre ciclópeo- van enredándose las nubes de las declaraciones del Credo. Dirige, es más, con su propia mano va dando la vida a la decoración interior del templo, del que siente la atracción irresistible de construir un tramo interior para modelo. Con sus flacas manos plasma con alambre y tela metálica las figuras de ángeles y santos, los floreros de las virtudes y de los frutos del Espíritu Santo, que enroscados a las columnas, árboles frondosos del bosque de la Iglesia, las cubrirán todas hablando constantemente a los ojos y al corazón de los creyentes, moviéndoles a impetrar las gracias del Altísimo, que les ofrecerán desde las bóvedas los cuernos de la abundancia que también, como aquéllos, labrarán sus manos hasta el momento mismo en que dejando los trabajos para el día siguiente, el Señor lo llamó a sí cuando él iba en busca del Señor en lo recóndito del santuario.

Gaudí y el culto

5182. Gaudí no se contentaba con soñar para el día de mañana. Daba a Dios lo mejor que sabía. Y como en el templo de la Sagrada Familia el arte no es fin, sino una ofrenda al Señor, así que éste tomó posesión del templo, Gaudí dedica una atención especial a su culto.

El templo de la Sagrada Familia ha dejado de ser una construcción aislada, de penoso acceso. Lo rodean casas y talleres, con fuerte población. Su eminencia el Cardenal Casañas, juzga que sin detrimento del carácter de generalidad que tiene como templo expiatorio y el particular de ser la casa propia de la asociación espiritual de devotos de san José, podría establecerse en la cripta una tenencia parroquial para el cuidado de aquellas almas. En su humildad, el eminentísimo purpurado, tan amante de nuestro templo a cuya vida aportó la colaboración de su consejo y de sus limosnas, consulta, más exacto sería decir que pide permiso, a don Federico Millán, director de la asociación, a don Juan C. de Dalmases, quienes fundaron y mantuvieron la obra, y a don Antonio Gaudí, su arquitecto.

5183. El voto favorable da al templo sacerdotes adscritos y con ello el gran bien de la reserva Eucarística y culto diario. Gaudí, en lo que le compete, impone decididamente la liturgia en sus cánones absolutos. Conviértese el Altar de san José, en el Altar del Santísimo: el trono de Cristo es una maciza arca de caudales, sobre soportes de hierro fortísimo empotrados honda y fortísimamente

en el suelo, a suficiente altura del Altar para que al abrirse no estorbe el cáliz o el copón. Lo cubren totalmente, no unas cortinillas convencionales, sino un manto completo; instala el rico conopeo.

Al primitivo Altar de san José le faltaba baldaquino. Un lampadario es estudiado para ser lampadario baldaquino. Se adapta para el Altar mayor el central de la rotonda de la cripta, recubierto de frontales litúrgicos, con sólo los cirios encima de la mesa y presidiéndola la propia cruz procesional. Bancos para los presbíteros detrás, bajo el retablo, adosado al muro del fondo de la Sagrada Familia. Un amplio baldaquino, no usado en ninguna de nuestras iglesias, cubre el Altar. Todos los servicios del Altar son proveídos. En la cripta se acondicionan bancos de madera para comodidad de los fieles.

Pero a Gaudí esto no le satisface aún; le faltaba la vida del culto, en lo cual sus deseos coincidían con los del clero adscrito al templo. El momento era feliz por cuanto una revocación litúrgica llenaba el ambiente, proyectaba desde el foco benedictino de Montserrat. Los primeros congresos litúrgicos se celebraban en Barcelona con éxito imponderable. Veamos cómo Gaudí se siente poseso de la liturgia y se convierte en un ceremoniero insigne.

5184. Es la primera Semana Santa: El Domingo de Ramos; en su hermosa liturgia, nos depara el canto del *Passio.* En todas las iglesias de Barcelona se distribuyen los cantores del mismo en los púlpitos y presbiterios, y un coro de cantores da las voces del pueblo. Los monaguillos sostienen detrás de aquéllos las palmas benditas. La liturgia manda que los tres cantores estén en el presbiterio, ante un solo facistol, al lado del Evangelio, mirando al lado de la Epístola y que ningún coro se mezcle en el canto. Rompiendo con la costumbre, así se hace en el templo desde el primer año.

Ordenan las rúbricas que para la adoración de la Vera-Cruz el Viernes Santo, el almohadón en que ella se coloca sea cubierto con un rico paño entretejido de blanco y morado. Como no se encontró ninguno mandó tejer a la casa Malcehy un rico damasco que cumpliera las prescripciones que manda la Iglesia.

El monumento, disponen asimismo las rúbricas que no sea en el Altar mayor, costumbre tan arraigada aun en las iglesias más cumplidoras de las rúbricas. Gaudí dispuso a este fin la capilla de san José, cuajándola de cera y flores, abierto el vacío Sagrario habitual de la reserva y velada la urna en que se guarda la sagrada forma el Jueves y Viernes Santos. Muchas iglesias han seguido esta iniciativa, como tantas otras, en la feliz restauración litúrgica actual.

Otros de los grandes días litúrgicos en que Gaudí y el clero del templo pudieron hacer renacer la pompa estricta del ceremonial de la Iglesia fueron los de los pontificales en la cripta de nuestro templo con motivo (1921) del año jubilar josefino.

5185. Tal es el olvido de la liturgia, que Gaudí tuvo que construir muebles que la liturgia reclama y que no se encuentran en nuestros templos; hay un mueble especial para los Obispos: el faldistorio. Ante él y no en un reclinatorio cualquiera se arrodilla el Obispo, en él toma asiento. Posteriormente lo hemos visto usado también en Montserrat y con frecuencia el cronista de Roma habla de él al usarlo el Papa, Obispo de Roma, en sus ceremonias.

El gran amor de Gaudí, un horror a las faltas litúrgicas

5186. Era de ver al señor Gaudí cuando hablaba de la liturgia en el templo. Evoco por ejemplo su visita, a que le acompañé, al canónigo penitenciario de la catedral de Barcelona, doctor Ballester (q.e.p.d.). Este ilustre prebendado había dedicado su ministerio de una manera especial al culto del sagrado Corazón y de la Eucaristía. Pocos días después de esta visita decía en una conversación a una persona allegada mía: «Tuve el gusto de tener en casa a Gaudí y de disfrutar de una conversación tan edificante, tan encendida de amor a cuanto yo amo, tan contundente contra sus enemigos más próximos, que no he disfrutado rato mejor en mi vida en las conversaciones».

También recuerdo yo aún muchos de sus términos. La conversación fue a parar al uso del conopeo. ¿Sabe usted, decía Gaudí, por qué ha caído en desuso este manto real, este signo de realeza con que quiere la rúbrica de la Iglesia se honre a Cristo siempre en su tabernáculo? ¡Y la Iglesia lo quiere! Cuando estaba en Astorga con el Obispo Grau, maravillado de tantas riquezas ofrecidas a Cristo en sus tabernáculos, verdaderos tronos regios, el Obispo consultó si en tal caso podía prescindirse del conopeo. La respuesta fue categórica. Negativa, sin ninguna excepción. Pues bien: el enemigo es la comodidad. Porque no crea usted que el maestro de ceremonias de una iglesia o de una catedral sea el titular, no señor: es la comodidad que se encarna en el sacristán. Porque el conopeo, como usted sabe, tiene que cambiarse con el color de las rúbricas, se ensucia y estropea, lo que quiere decir que hay que cuidar de su aseo y reponerlo de nuevo, y todo esto lo tiene que hacer el sacristán. Y éste, que no sabe el mal que hace, lo hace por comodidad; y como es molesto amonestar, nadie le dice nada, y con la muda cooperación de todo el personal, Cristo en la Eucaristía ha quedado despojado de su manto real. ¡Y así, cuántas cosas! Hasta en su catedral, amigo doctor Ballester; que ya sabe usted que yo concurro a sus oficios. Y no vale decir que son costumbres, privilegios, que siempre se ha hecho así; no, no; es comodidad. y si no es eso, es sencillamente desconocimiento, si no desprecio del ceremonial que la Iglesia manda...

5187. Quien así sufría por el incumplimiento de las admirables disposiciones de la Iglesia en la liturgia hecho por los demás, ¡con qué extraordinaria escrupulosidad actuaría en lo propio! Así era en efecto. De aquí era el estudio del Altar y sus adornos, reintegrando aquél a ser la mesa del Sacrificio eucarístico con su cruz y sus candeleros y durante la celebración las sacras, suprimiendo los catafalcos y agrupaciones de santos entre los que apenas quedaba lugar para una crucecita a que habían venido a parar los altares cuando el retablo del fondo se unió con graderías al Altar y se hacinaron hornacinas, que no por ser de mejor o peor gusto y aun verdaderas obras de arte, dejan de ser atentados contra la liturgia.

En cuanto a sus adornos ninguno sobrepujará en pompa a los que la Iglesia prescribe además de la cera; las flores naturales y las de metales preciosos; pero nada de flores artificiales efímeras y banales. Gaudí produjo estas maravillas que son los candeleros floreros de encima de la mesa para la exposición del Santísimo, los búcaros entre candeleros, etc., etc.

La liturgia en la agonía de Gaudí

5188. Tengo seguro que una de las impresiones más fuertes recibidas por Gaudí en su vida fue la magna muerte del Obispo de Mallorca, Doctor Campins. La frecuencia con que le evocaba, la emoción que expresaban sus palabras, la ejemplaridad que Gaudí deducía para cuantos vivieron aquel final del Pastor de Cristo, nos aseguran en esta convicción. Creo firmemente que aquella muerte del Obispo Campins siguiendo escrupulosamente con mente clara y serena las rúbricas que el ceremonial de Obispo prescribe para los últimos momentos de éstos, era el modelo de muerte que Gaudí deseaba.

Mas el Señor, en sus inescrutables designios, le deparó muerte bien diferente. No obstante, al amanecer del día último de su vida, los amigos que lo velaban tuvieron una dicha inmensa; vieron animarse el rostro del genial arquitecto, tornar a su color natural las mejillas, esparcirse por sobre su faz una como sonrisa, brillar sus ojos verdes-azules con aquel centelleo que en otro ninguno hemos visto. Algo así como si por un esfuerzo supremo el espíritu se sobrepusiera a la materia maltrecha terriblemente por el encontronazo. En aquel momento ni de los amigos sale una palabra de despedida, una voz fraternal pero humana, sino que aprovechando aquella lucidez se recitan las preces de los agonizantes, las preces de la Iglesia que Gaudí tanto amara y que con manifiesto placer va siguiendo, pronunciando sus labios aquellos ¡bien!... ¡bien!... ¡más!... ¡más!... ¡Amén!...

Últimas palabras de un enamorado de la liturgia que en el momento supremo no tiene otra ansia que la de las palabras mismas con que la madre Iglesia despide tiernísimamente a sus hijos: «¡la liturgia del agonizante!».

El arte-yedra

5189. Hora es ya y más que justo que ponga término a la serie de reflexiones que me ha sugerido mi empeño decidido de que la iglesia del que fue mi seminario, y a fuer de tal, iglesia modelo, se ajustara no sólo a las prescripciones y al espíritu de la liturgia, sino a las exigencias del más depurado arte, pero arte netamente cristiano, como, gracias a Dios, creo haberlo conseguido.

Y pongo punto final a esta digresión con un gráfico más.

Con el gráfico de la yedra.

En él espero y pretendo encerrar cuanto apunto llevo sobre el arte y liturgia.

Sentado que el arte en las iglesias no es *fin*, *sino medio,* y que no se hacen buenas iglesias para hacer buen arte, sino que se hacen con buen arte para que sean buenas iglesias, a nadie extrañará que yo compare el arte a la yedra y los usos y abusos de aquél en los templos a los usos y abusos de ésta en los troncos y muros a que se adhiere y sobre los que vive y crece.

El uso de la yedra

5190. ¿Para qué se planta al pie de un árbol o de un muro la yedra?

La verde y pujante trepadora se enreda y encarama en el tronco añoso, carcomido, oscuro y feo del árbol gigantesco y en la tapia desconchada de olvidada casa campesina y por los muros agrietados y por las piedras dispersas del vetusto castillo, o del mal tratado palacio, para que el verdor perpetuo y la vida nueva y los caprichosos dibujos y festones de la trepadora reparen, oculten, transfiguren y embellezcan grietas y ruinas, vejeces y deformidades, ofensas del tiempo y olvidos injustos de los hombres...

¡Buen oficio el de la yedra y bien ha sido cantado y agradecido por poetas y juglares!

El abuso de la yedra

5191. «Yo me adhiero a lo que amo». Ha cantado de la yedra un poeta francés. «Yo muero en lo que me adhiero». Yo, aunque profano, me permitiría enmendar la frase del poeta:

«Yo me adhiero a lo que amo y *mato* a lo que me adhiero».

Porque con toda la belleza y vida que la yedra pone en cuanto toca, es un hecho que el más extraño puede comprobar, que como se descuide el hacha o la tijera del podador, el árbol a que se adhiera sin limitaciones esa trepadora, es árbol condenado a marchitarse y a morirse por secular que sea y arraigado que esté; y pared por la que se le deje trepar libre e impunemente, es pared condenada a trocar sus grietas en brechas, y las juntas de piedras en albergue de raíces primero y en desmoronamiento después.

¡Vaya si mata y destruye la suave y gentil embellecedora de prados y hogares!

Comparemos

5192. El arte *medio*, el arte *servidor,* antes que del numen o de la inspiración del artista, todo lo genial que queráis, de la señora de la casa a cuyo servicio entra, o sea, la liturgia, ése es el *arte-yedra* de buen uso, que adorna, eleva, embellece, espiritualiza, excita y empuja a mejor culto de Dios.

El arte sin freno, sin respeto, tirano y no siervo, difundiéndose y desarrollándose sin hacha ni tijeras de podador y sin rodrigones y guías de buen jardinero, ése es el *arte-yedra* que abusa.

Para el primero viene de perlas la estrofa del poeta:

«Yo me adhiero a lo que amo y muero en lo que me adhiero».
Para el arte-yedra arrollador y destructor y abusivo la estrofa enmendada:
«Y mato a lo que me adhiero».

5193. Digan, clamen y protesten contra mí cuanto quieran los idólatras embobados del arte por el arte, pero mientras yo, cristiano, esté yendo a una catedral, llámese como se llame la mejor, a ver mi Misa y mi Altar y mi sacerdocio jerárquico y sus sagradas funciones y no me lo dejen ver los enormes barrotes de unas verjas altísimas y las cresterías de un coro descomunal en medio del templo y una luz que para llegar a mis ojos tiene que vencer una gran carrera de obstáculos, mientras esto ocurra porque el arte, ¡el arte con mayúscula! lo manda, yo, cristiano y conmigo todos los hombres de fe y de lógica, por muy fervientes amantes del arte que seamos, tendremos que resignarnos a oír al arte engreído cantar a guisa de parodia de responso sobre el cadáver de la liturgia católica en aquellos templos emporios, el poema francés ¡enmendado! de la yedra:
«Yo me adhiero a lo que amo y mato a lo que me adhiero».

Bendito el arte

5194. ¡Bendito mil y mil veces el arte cristiano que se bautizó con la sangre de las catacumbas y se confirmó con el crisma de la consagración de las basílicas romanas y se espiritualizó en las catedrales ojivales y ha servido para hacer doblar tantas cabezas y rodillas ante Jesús crucificado o escondido en el Sagrario y arrancar tantas lágrimas ante la Virgen de los Dolores e imponer recogimiento y elevar mentes y ablandar corazones y poner en la vida del hombre terreno toques y vibraciones y destellos y ganas de la vida divina! Ése es el arte hijo de Dios y fiel servidor de la Iglesia su esposa.

Pero bendito el arte cuando sirve y no atropella a la liturgia

5195. Para eso, para eso sólo lo quiere a su servicio la liturgia sagrada, para lo que quiere el humo de sus incensarios, la luz de sus cirios y lámparas, las armonías de sus órganos, el agua de sus pilas lustrales; esto es, en primer lugar, para que le sirvan con su uso propio y natural, el humo para que desinfecte y aromatice, la luz para que alumbre y disipe tinieblas, el órgano que toque y sostenga y dirija la oración cantada, la campana que suene y llame, el agua salada que limpie y preserve de la corrupción, y en segundo lugar, como homenaje a la majestad soberana de Dios y símbolo e invitación del homenaje que el hombre le debe rendir con las tres potencias de su alma, los cinco sentidos de su cuerpo y con todas las criaturas que de él dependan.
La Iglesia, sólo para ese doble fin quiere objetos artísticos en su recinto y no para atraer embobamientos curiosos de turistas que no rezan y profanan, embelesamientos estéticos de críticos que inclinan su cabeza ante la obra del hombre y no se postran de hinojos ante el Dios de la belleza, inspirador de aquellas obras...

SEGUNDA PARTE

El arte en el templo
o Mi Sagrario y Mi Secreto

El por qué del librillo

5196. *Decía yo en 1922:* Dedicada mi pluma por misericordia y gracia del Corazón de Jesús hace ya bastantes años a no escribir más que en torno de la palabra *Sagrario,* que es la más tierna, sabrosa y misteriosa para labios cristianos, ahora que acabo de hacer para mi pobre *palacio,* y perdóneseme la jactancia, uno a *todo mi gusto,* paréceme que mi compañera me tira de los dedos y me pide que la mueva sobre unas cuartillas, tan inquietas como mi pluma, para contar a los amigos *cómo es mi Sagrario.*

El para qué

5197. Para contar, de paso que describo mi Sagrario, lo que para un Obispo es, vale y enseña *su Sagrario.*

¿No era muy justo que, después de haber dicho en tantas formas y maneras a mis hermanos los sacerdotes, a mis hijos los seminaristas y a mi familia de reparación eucarística, los Misioneros Eucarísticos Diocesanos, las Marías, los Discípulos de San Juan, los Juanitos y los *chaveítas* de nuestras escuelas y catecismos, lo que para cada uno de ellos es, vale y enseña *su Sagrario,* no era muy justo, repito, que ese pobrecillo Obispo, misionero y peregrino del Sagrario abandonado, dedicara unas líneas por gratitud al Corazón de Jesús, y buen ejemplo a su familia a contar cómo él también tiene *su Sagrario* y lo que para su obispado y para él quiere que sea y sirva?

El Sagrario de un Obispo es

5198. 1º El *Altar de su Sacrificio diario.* Es decir, el *Calvario* en donde cada mañana se pone en cruz y muere a sí mismo con Jesucristo también en cruz y el *Sepulcro* desde donde resucita con la vida divina que Cristo resucitado le ganó y sacramentado le aplica...; y ¿quién como el Obispo necesita practicar el *muero cada día* y el *mi vida es Cristo* de san Pablo? ¡*Oblata* del pan y vino de la Misa del Obispo, con vuestra *transubstanciación* en el Cuerpo y Sangre de Cristo, ¡qué bien predicáis al Obispo el deber esencial, la ocupación única, la razón del ser y del poder de su episcopado, a saber, *vaciarse totalmente de sí y llenarse enteramente de Jesucristo!*

2º La *mesa* en donde come su *Pan* supersubstancial cuotidiano y con Él la vida eucarística de que ha de estar lleno y rebosante para distribuir a los demás...

3º El *reclinatorio* sobre el que hace su oración y reza su oficio y desde donde, como de estación telegráfica, comunica con sus sacerdotes y sus fieles y pide y recibe la luz y el calor y la fuerza que para él y para ellos necesita...

4º Su *cátedra,* que pudiera llamar, más que de *doctor* y de *definidor,* de *maestro bueno,* de *hermano mayor,* de *amigo antiguo,* en torno de la cual se congregan sus sacerdotes los días de retiro espiritual y sus ordenandos los días de órdenes no solemnes y sus diocesanos seglares para las juntas generales de sus congregaciones y hermandades.

5º El *confesonario* en donde el barro, que hay dentro del Obispo, restaura sus flaquezas y roturas, y el poder supremo del Obispo de Cristo absuelve de censuras y pecados más graves y ejerce su principal oficio de perfeccionar almas.

6º La *tienda de campaña* en donde forja los proyectos apostólicos de penetración y conquista de almas y de pueblos, y da a su espíritu *descanso* y *silencio* de ruidos y de hombres.

Y 7º El *almacén* de provisiones de paciencia sin cansancio, de caras buenas, de palabras reposadas y alentadoras, de olvidos de ofensas, de dulces firmezas, de optimismos sanos...

La iglesia del Obispo

5199. Cierto que la iglesia del Obispo es su *catedral* y en ella no sólo tiene su *cátedra* y *su trono*, sino también *su Sagrario y su Altar*; pero la separación ya casi generalmente introducida, contra el espíritu y la historia de la Iglesia, entre esos dos edificios e instituciones, la casa y la iglesia del Obispo, que nacieron y largo tiempo estuvieron juntas, las angustias de tiempo en que ordinariamente se mueve el Obispo y la imprescindible necesidad de un lugar fácil y cómodo para la vida espiritual del mismo, ha introducido la costumbre, consagrada ya por los sagrados cánones, de tener en sus propias habitaciones capilla con honores y privilegios de oratorio semipúblico, sin perjuicio del carácter y condición de iglesia, sede del Obispo, que siguen ostentando las catedrales.

El inseparable

5200. Y para más declarar aún su voluntad de que al Obispo no le falte la facilidad para su comunicación constante con el Jesús de su Sacrificio y de su Comunión, ha concedido la santa Iglesia a aquél el privilegio de altar portátil personal, en virtud del cual puede celebrar él, y su acompañante sacerdote, la santa Misa fuera de lugar sagrado, y en cualquiera de las habitaciones de la casa en donde more.

La Iglesia, nuestra madre, que por razones que no son de aquí, no ha querido jamás imponer precepto general de celebrar diariamente el santo Sacrificio de la Misa, con respecto a los Obispos ha mostrado, del modo que podía sin llegar al precepto, sus vehementes deseos de que no pasen un solo día sin celebrarla, por medio de este valioso privilegio.

¡Donosa y delicada manera de decir la iglesia al Obispo, que consienta desprenderse y verse privado de todo, hasta de su iglesia catedral, si preciso fuere, menos del Jesucristo de su Misa y de su Comunión!

¡Éste es su inseparable ¡Ése es su SECRETO!

¡Sagrarios de los palacios episcopales; qué falta hacéis a sus moradores y qué bien os hacéis sentir...!

LO QUE QUERÍA PARA MI SAGRARIO

5201. Y yo, que para mi casa no ambiciono otro adorno ni suntuosidad que los que prestan la limpieza y el orden, que son las riquezas de los pobres, para la casa de Dios soy, lo confieso de buen grado, excesivamente ambicioso y exigente.

Aunque todo oro y plata en su presencia es arena exigua, quisiera para sus paredes y techumbres y suelos y puertas oro y ricas pedrerías, dispuestos con el aire más exquisito y prodigados con la generosidad más rumbosa.

Y porque así pienso y quiero, la pobreza, la mezquindad, la fealdad, el desaliño, la suciedad en los templos y en los objetos del culto de Dios levantan en mi corazón la protesta más enérgica, en mi boca la queja más amarga y constituyen para mi espíritu la más obsesionante de sus preocupaciones.

¡Iglesias desmanteladas y ruinosas de la diócesis, cómo me doléis!

No se encontraba a la verdad en este estado la capilla de mi palacio; pero casi no se diferenciaba de las otras habitaciones de la casa más que en el modestísimo Altar que la presidía.

El Sagrario-Escuela

5202. El Obispo es maestro.

Su casa debe ser escuela y singularmente su capilla.

¡Cómo me estimulaba a emprender la restauración o reedificación de mi Sagrario *a todo mi gusto* la idea de que el ejemplo del pastor podría mover y empujar a sacerdotes y a seglares piadosos a imitarlos en las iglesias de su cargo o devoción, y por ese medio aligerar al Corazón de Jesús y al mío propio de la inmensa pesadumbre de tantas ruinas y otras pobrezas de templos, símbolo y efectos de otras ruinas y otras pobrezas!

Y lo que pretendí y soñé está ya hecho.

Si no por la suntuosidad, que harta es mi pobreza, por la elección de los elementos decorativos empleados, por el arte con que se ha ejecutado y por la pedagogía con que se ha ordenado, puedo dar gracias a Dios y holgarme de tener lo que deseaba: *Un Sagrario-Escuela.*

La lección

5203. Si el Obispo es maestro de toda la ley y ésta toda se encierra y perfecciona en el amor, la lección de su capilla-escuela no puede ser otra que ésta: Amor. Ése es el encargo de cada adorno, de cada grano de tierra de mi capilla: predicar y enseñar los tres amores del corazón del Obispo, que son, como los tres puntos que marcan el campo de la actividad del pensamiento, del cariño, de la solicitud, de la energía y de la vida toda del Obispo: *Jesucristo*, el *sacerdote y las almas.*

Ésos y solamente ésos son los amores del Obispo. Amarlos *más que los demás*, y por ésa sola razón servirles, cuidarlos, agasajarlos, mimarlos y para ellos sólo vivir y por ellos, si es preciso, morir. ¿No es ésa la vida, toda la vida de un Obispo?

Los tres amores del Obispo

5204. *Jesucristo*, el Padre, el Pastor, la Cabeza, el Jefe invisible de la Iglesia universal, hecho visible en cada Iglesia particular por medio y por las veces de su Obispo; *el sacerdote*, hermano y coadjutor suyo en el ministerio de amar y hacer amar a Aquél, y *las almas*, sus hijas, para quienes viven y son Jesucristo, el Obispo y los sacerdotes. Sí, ésta es mi familia, ésos mis intereses y mis amores.

¿Podía hablar de otra cosa mi capilla? ¿Podía haber asunto que más interesara? Y ved la traza, distribuida en

Cuatro planos:

5205. Teológico, pastoral, eucarístico y arquitectónico.

El amor del Corazón de Jesús manifestado en lo que hace por las almas.

Éste es el plano teológico de la capilla.

Lo que debe hacer el amor de los sacerdotes, y el primero entre ellos, el Obispo, a imitación de su Maestro, *por las almas.* He aquí el *plano pastoral.*

Y cómo deben corresponder las almas a lo que por ellas hace Jesucristo y el sacerdote.

Y éste es el *plano eucarístico.*

Estos tres planos desarrollados por medio del arte más adecuado forman el *plano arquitectónico.*

Unas palabras de explicación de cada uno de esos planos os entretendrán breve y quiéralo Dios, útilmente.

I

Plano teológico

Qué hace el Corazón de Jesús por las almas.

5206. Este plano se desarrolla entre el Altar y las vidrieras de las ventanas que a un lado y otro lo alumbran.

Todo lo que hace el Corazón de Jesús por las almas se encierra en estos tres epígrafes:

1º Lo que el Corazón de Jesús da.

2º Lo que busca.

3º Lo que encuentr.

Lo que da

5207. En el cornisón del retablo se lee: *He aquí lo que da el Corazón de Jesús.* Al pie de la hermosa y artística imagen ojival del Salvador que preside el Altar (año 1410) se lee: *Se da sí mismo por mí.*

Esta palabra lo dice todo y da la medida de su generosidad; se entregó y se entrega a si mismo por *cada alma* todo entero: su cuerpo, alma, divinidad, poder y virtud de *cuatro modos:*

A) *Naciendo* hombre se da *por compañero.* Alto relieve del nacimiento (lado del Evangelio). Compañero *exterior* con su autoridad, su doctrina, su palabra y su ejemplo; *interior* con su gracia por el camino de sus mandamientos, virtudes y dones.

B) *Comiendo* se da *en comida* (grada alta del Sagrario al lado del Evangelio). Este alimento, como el material con respecto al cuerpo, sustenta, hace crecer, repara y deleita al alma.

C) *Muriendo,* se da *en precio.* Muriendo en el Calvario ganó el precio de nuestro rescate del pecado y del cautiverio del demonio y muriendo místicamente en la Misa (inscripción junto al crucifijo del Altar) nos lo aplica y da las gracias a su Padre.

D) *Reinando* en la gloria se da *por premio.* Alto relieve de la gloria (lado de la Epístola). El Corazón de Jesús se da, pues, a cada alma, como *compañero de su camino* del tiempo a la eternidad, como *sostén,* crecimiento, reparación y deleite de *su vida* sobrenatural, como *precio* y pago de su redención y *premio* para su eternidad.

¿Por medio de quién se da el Corazón de Jesús, y en dónde puso y guardó sus tesoros para que disfrutáramos de ellos? A esta pregunta responde la grada inferior sobre el Altar con esta inscripción: *Por medio de su y nuestra Madre Inmaculada, en la Iglesia Católica.*

Por medio de su y nuestra Madre Inmaculada

5208. A) Acelera su venida al mundo, se encarna, nace y se hace nuestro *compañero.*

B) Por la oración de Ella y con la Carne y Sangre de Ella tomadas se hace nuestro *alimento.*

C y D) Con sus lágrimas, dolores e intercesión corredime a los hombres y les abre las puertas del cielo. San Bernardo ha podido escribir en el papel esta afirmación escrita en el corazón agradecido de los cristianos: *Dios se nos da por medio de María.* Por eso la Inmaculada figura en los dos

relieves del nacimiento y la gloria con su manto azul, y este color es el dominante de cuantos matizan suelos y ventanas.

En la Iglesia Católica

Va representada esta arca del Nuevo Testamento, en donde únicamente se guarda el maná vivo con todas sus dulces realidades y promesas consoladoras, por la mesa del Altar adornada con las imágenes de san Pedro y san Pablo en los extremos y mi escudo de armas en el centro.

Lo que busca el Corazón de Jesús

5209. Una sola cosa: Dame tu corazón.

El corazón nuestro *entero* y *por siempre*. Él, buscado y amado antes que todo; lo demás buscado y amado sólo por Él, por medio de la Madre Inmaculada y conforme a la enseñanza y al ministerio de la Iglesia.

Se representa por la cristalera del lado del Evangelio con María Inmaculada y san José presentando en medio de una floresta, que rodea a la parroquia de una aldea al Niño Jesús, que da su Corazón a cambio del que el pueblo cristiano, presidido por su sacerdote, le ofrece.

Es un cuadro de una dulzura y suavidad que arrastra al que lo contempla a arrodillarse junto a aquellos sencillos aldeanos y juntarse a la ofrenda de su corazón...

Lo que encuentra el Corazón de Jesús

5210. De ordinario, lo mismo en su vida mortal que en la de Iglesia y de Eucaristía, *puertas cerradas* de ojos para no mirarlo, de oídos para no escucharlo, de pensamientos para no creerlo, de corazones para no quererlo, de familias para que no viva entre ellas y de pueblos para que no reine en medio de ellos.

Representado en la cristalera del lado de la Epístola por la escena de Belén: *No había sitio para ellos.*

La tristeza mansa de la Virgen y san José ante la cara repulsiva del posadero... ¡qué oleadas de tristeza reparadora levantan en el alma!

LA GRAN SÍNTESIS

5211. ¿Verdad, que en esos tres cuadros, que ligeramente os he presentado, de lo que da, lo que busca y lo que encuentra el Corazón de Jesús por y en las almas, se encuentra el grande Amor del Obispo, y con él su familia, debe amar, aprender, agradecer y desagraviar...?

¡Lo que da, lo que busca, lo que encuentra el Corazón de Jesús! ¿No está ahí la razón y la esencia de toda la religión y del culto y de la teología toda, no sólo dogmática, sino moral, ascética, mística y aun pastoral?

La *caridad* del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo buscando el alma perdida del hombre por medio del Hijo Encarnado, crucificado, resucitado y Sacramentado y *la libertad* del alma para dejarse encontrar o seguir perdida: ¿no son los extremos del eje en torno del cual giran nuestra religión, nuestro culto y nuestra teología?

¿No es ésa la síntesis de cuanto creemos, esperamos, amamos, guardamos y recibimos?

Ved ahora el plano pastoral que fundado sobre ese teológico, he expuesto en mi capilla.

II

Plano pastoral

5212. Como el teológico se desarrolla en el Altar y las ventanas, éste se desarrolla en todo el presbiterio y consta de cuatro cuadros: La *entrada* a la vida pastoral, la *ocupación*, los *recursos* y la *recompensa.*

Entrada a la vida pastoral

Sobre cada una de las dos puertas que dan paso de la sacristía al presbiterio cuelgan dos artísticas cartelas con las siguientes leyendas:

Es necesario que Él crezca, sobre la del Evangelio; *y que yo mengüe*, sobre la de la Epístola. Si los pastores visibles no tenemos más realidad, ni virtud, ni representación, que las del Pastor invisible, no podemos ni debemos entrar en el pastorado por otras puertas que las del reconocimiento íntimo del *derecho* única y solamente suyo, a *su gloria* y la *obligación* nuestra de no estorbarla o robarla con nuestros engreimientos y de procurarla a costa de la *negación propia.* Con tal de que Jesucristo sea conocido, amado y servido y Dios Padre glorificado en su Hijo y las almas santificadas, ¿qué importa lo nuestro?

La gloria de mi ministerio, para Jesucristo, la utilidad, para las almas, el trabajo en silencio, para mí.

Ésa es la *puerta grande* del apostolado y la respuesta con que merece ser respondida la generosidad de quien nos hizo sus representantes visibles.

La ocupación

5213. Una sola es la ocupación del pastor desde la mañana a la noche y desde la noche a la mañana, en público y en privado, en el interior de su iglesia y en medio de las plazas, de sus manos, de sus pies, de su boca, de su corazón y de su cabeza: *Hacer el bien sin esperar nada* (inscripciones del lado derecho e izquierdo del sitial del Obispo).

Hacer y dar todo el bien que le permitan sus fuerzas naturales y sobrenaturales, sin esperar *nada* en recompensa de los beneficiados por su acción.

¿No es esto lo que cada segundo del día hace con cada alma el *Pastor callado* del Sagrario? ¿No es eso mismo aquel entregarse todo, contentarse con tan poco y encontrar tan... nada del Evangelio?

Los recursos

5214. Que para vida tan dura y tan encontrada con el amor propio y las ansias y aspiraciones de nuestra naturaleza, necesitan ser de eficacia ilimitada.

Esos recursos están guardados en estas palabras del Maestro: *¿Me amas más que éstos?...*

Si al amor se confía apacentar, y apacentar es el hacer mucho bien, para hacer y dar el mayor bien por las almas, no hay que buscar otro recurso que el amar más.

Si el amor es el que apacienta...

¡Desalientos, desfallecimientos, ingratitudes, contrariedades, persecuciones injustas, esterilidades y arideces del pastoreo de las almas, apretad y amargad el corazón cuanto queráis, pero no borréis

jamás de la vista y del oído del pastor que el *amor es el que apacienta,* no el poder, ni el lucro de dinero, ni la justicia, ni la sabiduría...! ¡El amor y el mayor amor...! Y el amor es celo que inventa, busca y no se cansa, es *ingenio* que multiplica recursos y auxilios, es *adaptabilidad* para hacerse todo para todos, es *intuición* para penetrar en donde ni el sentido ni el talento llegan, es fortaleza para empezar cada mañana la siembra ardua con cara sonriente y mano abierta, es silencio y olvido de sí..., es oración que vence imposibles... el amor pastoral es lo que puede hacer más parecido a un puro hombre con el Hombre-Dios.

La recompensa

5215. La anuncian las credencias; *renúnciate,* dice la del Evangelio.

Si el Pastor renuncia a su gloria, y a su medro personal, y sólo se ocupa en trabajar por la gloria de Dios y el bien de sus ovejas...

Me encontrarás:

Dice la de la Epístola.

Encontrará a Jesús *en esta vida,* en el Sagrario:

Oyéndolo gustoso.

Mirándolo complacido.

Dirigiéndolo con aciertos.

Fecundando sus palabras, sus ejemplos y sus dolores.

Alentándolo para que no caiga.

Levantándole si se cayó.

Enriqueciéndolo en su pobreza.

Alegrándolo en sus desolaciones.

Y haciéndole sentir que de todas las maneras *es siempre su Jesús.*

Y en la otra vida constituyéndose en *corona para su alma,* y las almas por su ministerio salvadas en *corona de su exaltación.*

¿Cabe mayor recompensa?

5216. Os decía que el segundo de los amores del Obispo son sus sacerdotes y ¿puede el amor más rumboso del Pastor desear, para los que con él trabajan, un plan pastoral de entrada más segura, que la negación propia y la afirmación perenne de la gloria de Dios; de ocupación más fecunda, que la de hacer todo el bien sin esperar nada de los que lo reciban; de recursos más sobrados que los sugeridos por el mayor amor; y de recompensa más pingüe que el encuentro y la posesión de Jesús, con que los adornos de mi presbiterio con el lenguaje del arte responden al *se entregó a sí mismo por mí,* del Sacerdote eterno?

5217. ¡Jesús, nuestro hermano mayor, que dentro de ese solo plano pastoral vivamos y nos movamos tus pastores malagueños! Para que lo recuerde a los que pasen por aquí e interceda con el Pastor supremo he rematado el sitial del Obispo con la imagen en alto relieve del santo predecesor Patricio con esta inscripción: *Sancte Patriti, ora pro succesore et populo tuo.*

III

Plano eucarístico

5218. Y lo llamo eucarístico por dos razones: la primera, etimológica, por el carácter de correspondencia agradecida a Jesús y a sus sacerdotes de la enseñanza que en él se da: y la segunda, por presentar contenida en el *culto integral* a la sagrada Eucaristía aquella enseñanza.

El culto a la Eucaristía y la gran síntesis

Memorial vivo y realización perenne de la acción del Corazón de Jesús por medio de sus sacerdotes en las almas, y por consiguiente, compendio y esencia de la religión toda con su ciencia, su culto, sus obras, sus atractivos, sus influencias y su historia es la sagrada Eucaristía.

Lo que da el Corazón de Jesús en la Eucaristía

5219. En ella realiza cada día y con cada alma aquellos cuatro inefables modos de entregarse a Sí mismo, que cantó santo Tomás de Aquino en la estrofa, quizá mejor, de todos sus himnos eucarísticos.

Jesús, por su *real presencia*, es el *compañero* silencioso y perpetuo del alma por la obediencia con que se deja consagrar, reservar, exhibir... por el silencio que guarda, el ejemplo que le da, y la gracia que le comunica.

En cuanto *Sacramento*, la Comunión es el alimento diario y supersubstancial del alma.

En cuanto *Sacrificio* incruento, o santa Misa, es la representación y renovación perenne del de la Cruz, y aplicación del precio de Redención, que en aquél mereció.

Y en cuanto por medio de todo esto nos asemejamos, incorporamos y unimos a Él, es semilla y prenda de resurrección y de gloria.

Eso representan cuatro medallones de relieve del Altar.

Lo que busca

5220. El Jesús del Sagrario está callado, se ha obligado a perpetuo silencio.

Y no obstante lo riguroso e impenetrable de éste, cualquiera que tenga oídos y se acerque a las puertas de los Sagrarios, que se ha buscado para vivir en la tierra Sacramentado, oirá que del fondo de ellos surge a modo de suspiro, que las más de las veces suena a grito de angustia, el *¡sitio!* de su última hora de Cruz.

¡Sed y hambre insaciables de corazones, que lo coman y gusten en su Comunión y Evangelio, lo vivan por sus Mandamientos, se reformen por su Gracia y se transformen por su Espíritu Santo en Él...!

Lo que encuentra

5221. ¡Qué pena da saber que sobre los Sagrarios cristianos se puede poner con todo rigor de verdad la leyenda del salmo:

Sustinui... et non inveni!

El Corazón *entregado* de todos los modos de la Eucaristía y hambriento de entregas de corazones ¡busca y... no encuentra!

Abandonos interiores y exteriores de Sagrarios, ¡qué angustiosamente estáis oprimiendo y qué cruelmente contrariando al Corazón de mi Jesús Sacramentado!

La correspondencia

5222. ¿Y en dónde mejor que en su Eucaristía podía ese Corazón recibir la justa correspondencia a la generosidad de lo que da y busca, y el proporcionado desagravio de lo que no encuentra?

Eso es lo que muestra el plano eucarístico de mi capilla, que se desarrolla en los doce medallones grabados en el faldón del artesonado de la sección de capilla destinada a los fieles.

Esos doce medallones ostentan otras tantas inscripciones en las que se contiene cuanto tiene que hacer con la sagrada Eucaristía el alma ganosa de corresponder plenamente a lo que por ella dan y de ella buscan y de reparar y desagraviar lo que todavía no han encontrado su Pastor invisible sacramentado y su pastor visible el sacerdote.

Dicen así:

TANTUM ERGO

A tan grande, pues,

SACRAMENTUM

Sacramento

VENERARE

Venera

ESURIENS

5223. Teniendo hambre de Él... Si en su ansia de estar con sus hijos y de incorporarlos a Él, se ha hecho su comida, ¿con qué menos pueden corresponder éstos que con hambre de Él?

DEGUSTANS

5224. Saboreándolo, ya comido, con la oración y contemplación y el recuerdo perenne, a ser posible, de su presencia afectuosa en nosotros por su sacramento, mientras duran las sagradas Especies, y por su gracia después.

ADORANS

5225. Adorando a Dios con rendimiento de alma y culto interno y externo con tanta mayor intensidad y reverencia, cuanto mayor ha sido su empeño en ocultarse y *abreviarse* en este sacramento. ¡Cómo está compendiado en la Eucaristía todo nuestro culto! En ella está Jesús *Dios*, término único de aquél; está Jesús *hombre- sacerdote,* el sujeto únicamente digno de ofrecerlo; y está Jesús, *hombre-víctima,* el homenaje único capaz de satisfacer a Dios.

¡Con qué verdad puede decir el sacerdote ante el Altar, tomando entre sus dedos a la Hostia consagrada, y colocándola sobre el Cáliz del Sacrificio: *Por medio* de Cristo, hombre- sacerdote; *con* Cristo Hombre-Víctima; *en* Cristo, *Hijo de Dios* en unidad del Padre y del Espíritu Santo. ¡Todo honor y gloria!

IMITANS

5226. Imitándolo de estas tres maneras: *callando* nuestro amor propio como Él está callado perpetuamente en su real presencia; *dándonos* a nuestros prójimos, sin pedirles nada, como Él se da en la *Comunión;* y sobre todo, *inmolando* nuestro cuerpo con sus sentidos y nuestra alma con sus potencias por la gloria de Dios, como Él se ofrece en cada Misa que se celebra en la tierra.

CONSOLANS

5227. Consolándolo: con una compasión reparadora y activa de las ofensas que *como Eucaristía* recibe, y singularmente del abandono exterior en que lo tienen los que, conociéndolo y creyendo en Él, no le dan la *compañía* de su *presencia*, de su *imitación* y de su *compasión*, y ponen a su Corazón en la triste necesidad de acabar la queja de su «busqué quien me consolara», con el amargo y acerbo «y no lo encontré»...

GRATIAS AGENS

5228. Dando gracias al Padre celestial, hasta dejarlo satisfecho, de todos los beneficios, de que le somos deudores, incluyendo el gran don de su Hijo encarnado, crucificado y sacramentado por y para nosotros por *medio* de su Eucaristía que es Sacrificio y sacramento de acción infinita de gracias.

LABORANS

5229. Trabajando cada día y haciendo nuestro deber de cada hora con Él, que nos acompaña, por Él, que nos lo manda, para Él, para quien sean la alegría, la gloria y el cuidado de nuestro trabajo y como Él en silencio, bajo la mirada de Dios y con constancia.

QUIESCENS

5230. Descansando sólo en la paz de la conciencia limpia con que lo recibimos, en la protección con que nos guarda y en el gusto de sentirlo vivir contento de nuestra alma.

INEBRIANS

5231. Embriagándonos de Él: si con felicidad creciente *Tantum Sacramentum veneremur* con nuestras hambres, paladeos, adoraciones, imitaciones, consuelos, acciones de gracias, trabajos y descansos, ¿quién osará dudar que el Espíritu Santo, por medio de sus ricos dones introducirá nuestras almas *in cellan vinariam*, llevará el orden de nuestra caridad a su último ápice y nos hará vivir embriagados del gozo de sus frutos y de la perfección y quietud de sus bienaventuranzas?

Ésa será la hora de cantar en la tierra con gozos y acentos de ángeles del cielo el himno de los *embriagados del Sagrario:* Qué digna de ser amada es tu morada... Descansa mi espíritu en los atrios del Señor...

IV

Plano arquitecnónico

5232. Tanto el plano teológico como el pastoral y eucarístico, que llevo descritos, se desarrollan y explican en un rectángulo de catorce metros de largo, seis de ancho y siete de altura media.

¿Estilo?

Como el fin era hacer una *capilla-escuela,* que, además de enseñar, infundiera estímulos de imitación y hasta de noble emulación, he trabajado dentro de la modestia de mis medios que harta es, reforzada con la confianza en el Amo y la caridad de los amigos y aprovechando elementos artísticos dispersos y desaprovechados ya para su destino original, he trabajado, repito, porque, hasta artísticamente, mi capilla fuera también *escuela.* ¿Lo he conseguido?

La sensación agradable de paz y recogimiento que se experimenta al penetrar en ella, lo dulcemente que convida todo lo que en ella hay a la oración y al olvido del mundo, la evocación que sugiere y la veneración que imponen la suave policromía de la luz cernida de las vidrieras resbalando sobre la pátina de las viejas sillerías, credencias, e imágenes, todo, todo está diciendo que allí hay arte y arte cumpliendo el deber que tiene que cumplir dentro de la iglesia, es decir, hacer doblar rodillas en tierra y hacer levantar ojos, manos y corazones al cielo...

¿Estilo? Volvéis a preguntarme y os respondo: No he querido para «Mi Sagrario» un solo estilo; los he querido todos y a cada uno he pedido una muestra, un rasgo, porque yo quería que todo el arte cristiano viniera ante Él a cantarle también a su manera el

Tantum ergo Sacramentum
Veneremur cernui...

El Tamtum ergo del arte cristiano

5233. Y vedlo allí, con qué justeza y concierto cantan su himno de adoración el *románico* de mi Sagrario de bronce y plata, el *ojival puro* de la imagen del Salvador, y del copón de oro, el *ojival florido de transición* del retablo,del reclinatorio, del frontal, de los candeleros de hierro forjado y de la orla de ladrillo tallado de los ventanales y arco toral, el *mudéjar* del artesonado, el *renacimiento español* del portaje, el *plateresco* de las lámparas y relicarios de plata, el *barroco fino* de la sillería del coro y de las jambas y *tímpanos* de la entrada del presbiterio, el *flamenco* del cuadro de la Virgen de Van Dyck, la olambrilla andaluza arabesca combinada con el mármol del pavimento.

Cernui!

5234. Sí, cornisas y molduras, frisos y frontis, capiteles y basamentos, artesas y faldones, ladrillos y azulejos, postraos ante el Jesús de mi Sagrario, que es el único Jesús de la belleza, y repetidle sin cesar el *Tantum ergo* de vuestro reconocimiento y de vuestra alabanza...

V

Epílogo

Mi primer Sagrario

5235. Sacerdotes, hermanos míos, Marías y Discípulos de San Juan, mi familia del alma, amigos todos los que dais a mis pobres escritos la limosna de vuestra caritativa paciencia, permitidme que antes de dejar la pluma con que os he descrito «Mi Sagrario» de Obispo, os evoque un recuerdo de «Mi Sagrario» de cura... ¡El regalo más sabroso que he recibido del Corazón buenísimo de Jesús en mi vida!

¡Con qué gusto copio aquí esa página de «El Granito de Arena» de 5 de junio de 1915.

5236. «Hoy fiesta del Amo, en que celebramos la gran fiesta de Él y de nosotros, vais a permitirme que os transcriba aquí una página íntima, no sé si deciros de la vida de Él o de la vida mía o de las dos vidas.

¡Oh! ¡cómo me alegraría yo de que os interesara esa página para que lo conocierais más y mejor a Él y me ayudarais a darle gracias!

Si me preguntáis por el título de esa página, me vais a poner en un gran apuro, yo no acierto con la palabra que titule adecuadamente eso que quiero deciros.

Es una gran pena y una gran alegría lo que os quiero contar, y ni las penas ni las alegrías tienen más palabras que los gritos o las lágrimas.

¡........!

Ese podría ser, en todo caso, el título: dos grandes admiraciones, a manera de dos grandes gotas de lágrimas, cerrando una lista de puntos suspensivos, que representan la gran pena y la gran alegría que las arrancan.

La gran pena

5237. Yo no sé que en la tierra haya una pena más grande, después de la de perder a Dios, que perder la madre.

Recordarán los que acostumbran leer estas paginillas que el 16 de enero del año pasado visitó el Corazón de Jesús mi casa y se llevó a mi madre...

Los que han pasado por esta pena conocen esa impresión de *vacío,* que queda en las casas y en los corazones de los que las viven, después de estas separaciones.

El dolor se calma con la resignación y el tiempo; el vacío ése crece, se mete en el alma, yo diría, que imprime carácter.

Los míos y yo hemos bendecido al Corazón de Jesús muchas, muchas veces, porque en mayor medida que el dolor, nos dio consuelo; pero...

¡Dios mío, qué vacía sentíamos la casa sin ella...!

... ...

5238. Para llenar ese vació, usando del privilegio que me concedió el santo Pío X, cuando lo visité, convertí en oratorio la habitación en donde ella dormía y desde donde voló al cielo.

¡Qué dulces me sabían las Misas celebradas en el mismo sitio en donde yo le administré los últimos sacramentos y le dí el último beso...!

Mientras duraban aquellas Misas yo no sentía el vacío atormentador de siempre.

¡Dios mío, cuántas veces me decía a mí mismo después de esas Misas, si Tú quisieras venirte aquí con nosotros para siempre... si Tú quisieras vivir en donde vivía mi madre...! ¡era mucho pedir, sí, quizá una locura... pero como se lo decía y se lo pedía a Él sólo, que es tan Padre y entiende tan bien estas locuras de cariños de los hijos...!

Mi oración constante era la contraria del centurión; éste le pedía que no entrara en su casa porque no era digno... yo, menos humilde o más atrevido que el centurión, le decía: Aunque no soy digno, entra y quédate en mi casa...

Y hermanos y amigos míos, alegraos, agradeced por mí, que todo es poco para favor tan grande.

¡La gran alegría!

5239. Una mañanita de la semana de Resurrección el 9 de Abril, el Amo bendito, el que se llevó a mi madre, bajó al Altar que yo había puesto en el cuarto de ella, y... ya no se fue, se ha quedado a vivir con nosotros en un Sagrario chiquito que le hemos puesto sobre el Altar...

¡Se acabó, o mejor, se llenó el vacío de mi casa!

Por la misericordia de Dios, yo siempre he creído en la presencia real de nuestro Señor Jesucristo en la sagrada Eucaristía; pero os puedo asegurar que desde que vive en mi casa, digo mal, en *nuestra casa*, *casi he perdido la fe*... nosotros *casi* no creemos en Él, porque lo *sentimos* tan cerca, tan nuestro, *tan madre*, que más que creerlo es casi verlo y oírlo...

Os confieso que nunca había experimentado tan sensiblemente la verdad de su Presencia Real como ahora.

5240. Seguramente os interesará saber el cómo de este favor, de esta locura de favor.

Yo os lo contaré, y sirva esta noticia de consuelo y motivo de gratitud a las Marías.

Un grupo de éstas, inspiradas sin duda por el Amo, se han dado tan buenas trazas de conspirar a espaldas mías, que tomando la voz de las 50.000 Marías españolas, y contando con la bondadosísima *complicidad* de mi querido señor Cardenal, que puso encarecida recomendación, dirigió preces a Su Santidad Benedicto XV, pidiéndole para el fundador de la Obra de las Tres Marías y de los Discípulos de San Juan *facultad de tener reservado el Santísimo Sacramento en su oratorio privado, como delicada correspondencia del Corazón de Jesús al celo y trabajos eucarísticos y apostólicos del dicho fundador...*

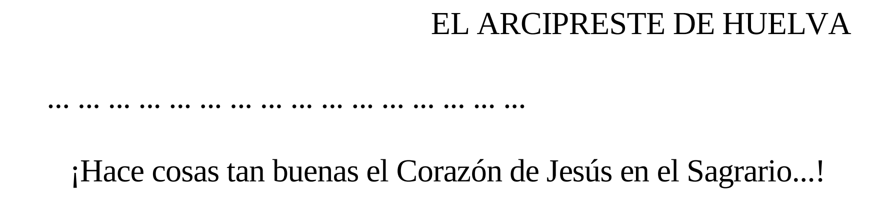
Y el Papa, con una generosidad y una delicadeza de padre que nunca sabré pagar, puso al pie de las preces con su propia mano:

BENIGNE ANNUIMUS SECUNDUM PRECES
BENEDICTUS P.P. XV

5240. Y ahora ya no sé proseguir...

Que los que hayan leído, cuando estén delante de esas *grandes penas* de la vida, se acuerden de *mi Sagrario* y busquen y pidan la *gran alegría* en donde yo la hallé...

¡Hace cosas tan buenas el Corazón de Jesús en el Sagrario...!



EL ARCIPRESTE DE HUELVA

... ...

¡Hace cosas tan buenas el Corazón de Jesús en el Sagrario...!

Repite y repetirá mientras queden pulso en su mano y saliva en su boca, aunque se lo quemen todo...

+EL Obispo DE MALAGA...!

TERCERA PARTE

El arte en la Misa
o la pedagogía de la Misa

INTRODUCCIÓN

5241. «Siendo de tal condición la naturaleza humana que no puede fácilmente elevarse a la meditación de las cosas divinas sin el auxilio de las cosas exteriores, la Iglesia, siempre madre piadosa, ha establecido sus ritos en la Misa de tal suerte, que unas oraciones se pronuncien en voz baja y otras en voz más alta. Además, ha empleado o dispuesto ceremonias, muchas de ellas de disciplina y tradición apostólica, como las bendiciones místicas, las luces, los perfumes, las vestiduras y otras semejantes; con lo cual se encareciese la majestad de tan gran Sacrificio, y las almas de los fieles se excitasen, por estos signos visibles de religión y piedad, a la contemplación de las cosas altísimas que en este Sacrificio están encerradas».

(Concilio Tridentino, Sess, XXII, cap. V).

EL ARTE O LA PEDAGOGÍA EN LA MISA

5242. Maestra, divinamente asistida, la Iglesia no tiene en su liturgia ni el más insignificante pormenor que no encierre un gran significado de altísima y a la par muy humana pedagogía. Y como la Pedagogía, a la par que ciencia es arte, y bajo este aspecto interviene más en la liturgia de la Misa, intitulo indistintamente este trabajo con el de arte o pedagogía en la Misa.

Dejando a un lado los grandes actos litúrgicos quiero fijarme ahora en los tesoros de finísima pedagogía que encierran las genuflexiones, las inclinaciones en sus distintos grados, la dirección de las miradas del celebrante, el tono de la voz, el lavado de las manos, los besos y otras al parecer menudencias del gran acto litúrgico, la Misa.

No creo que ocuparé sin provecho unas cuartillas tratando de proyectar luz sobre los misterios de esas menudencias litúrgicas.

Espero que producirán en los que lean, deleite de contemplación y utilidad de enseñanzas. ¡Ah! ¡si nos enteráramos bien, sacerdotes y fieles, de nuestra Misa!

Un ejemplo de fina pedagogía

5243. Once son los besos que el sacerdote da en cada Misa rezada y doce si es cantada. Uno en el misal, sobre el Evangelio que ha leído; otro sobre la patena y los restantes sobre el ara santa.

Claro es que no hablo del beso fisiológicamente considerado, que no es más que una contracción de labios; ni del beso socialmente visto, que se ha convenido que sea una señal de respeto, de veneración, adhesión, saludo, sino del beso en cuanto que es una señal natural y como explosión de un corazón amante.

De ese beso sentimental, afectivo, cordial, como queráis llamarle, hablo ahora y quiero presentároslo obrando en la sagrada liturgia y nada menos que en el acto más santo y augusto de ella, como es la santa Misa.

¡Qué maravillas tan encantadoras, qué delicadezas tan tiernas encierra el misterio de los besos de la Misa y descubre a los que meditan y contemplan a la luz de la doctrina de la santa fe católica!

El beso triste de la Pasión

5244. La historia de la Pasión de Jesús comienza por un beso, pero por un beso pérfido, traidor...

El Maestro bueno, al dejárselo dar, ha dicho estas palabras llenas de misterio y de profecía: «Amigo, ¿con un beso entregas al hijo del hombre?».

Y digo que aquellas palabras estaban llenas de misterio y de profecía, porque en su Misa, que es la oblación real y perpetua en la tierra del Sacrificio de la Pasión y Muerte de Jesús, podía Él repetir a cada sacerdote las mismas, exactamente las mismas, palabras que al apóstol traidor, con la sola diferencia de que ahora no pone interrogación, ahora no pregunta entristecido: ¿con un beso me entregas?, sino que afirma con el más apacible, dulce y confiado de los acentos: ¡Amigo, con besos me entregas!

Porque así es nuestra Misa y todos los frutos que con ella nos vienen: Jesús entregado a los suyos a fuerza de besos y caricias a Él de sus sacerdotes!...

Significación del sacerdote en la Misa

5245. El sacerdote, por su ordenación sacerdotal, ejerce en el Altar una doble representación: la de Jesús, sacerdote sumo, de cuyo sacerdocio eterno participa, y la del pueblo cristiano, que es la Iglesia.

Jesús, sacerdote sumo, es el principal oferente, pero *invisible*, de la santa Misa; la Iglesia o Cuerpo místico de Jesús, es la principal oferente *visible* de la Misa; pero Jesús y la Iglesia ofrecen su Cuerpo físico inmolado y su Cuerpo místico por medio del sacerdote.

Por razón de esa doble representación, el sacerdote habla y obra en su Misa unas veces como Jesús y otras como la Iglesia formada por santos y por pecadores.

Como representante de Jesús, consagra y ofrece el Cuerpo de Jesús con las mismas palabras de Él diciendo: «Éste es mi cuerpo» y no «Éste es el Cuerpo de Jesús».

Como representante de la Iglesia, ofrece al eterno Padre el Cuerpo Místico de Jesús, esto es, se ofrece a sí mismo y a todos los hombres unidos a él por la fe de su Bautismo y por la obediencia a la Iglesia.

5246. No hay hombre en la tierra ni en la historia que pueda ostentar representaciones tan variadas, tan opuestas, tan dilatadas y tan heterogéneas como el sacerdote. La lista de sus representados es tan larga, tan infinitamente larga y variada, como que comienza por el nombre, sobre todo nombre de Jesús, Hijo de Dios y de la Inmaculada Virgen María, y termina en el último parvulillo, recién bautizado, del último rincón del mundo, pasando por la indescriptible variedad de los incontables miembros del Cuerpo Místico de Jesús, o sea las almas bautizadas, las muy santas, las vulgares, las tibias, las pecadoras, en todos los diferentes y variadísimos grados de esos estados.

Significación de su lenguaje

5247. Visto el sacerdote a la luz de esa múltiple y compleja representación, ya no extraña el lenguaje con que se expresa en la gran función de su sacerdocio, que es su Misa; lenguaje en el que alterna la palabra del imperio omnipotente, *a lo Dios*, con la palabra y el gesto de súplica, *a lo mendigo*, y de contrición humillada, *a lo pecador* más rebajado y encenagado.

Por mi parte os aseguro que a veces me siento conmovido en mi Misa cuando oigo mi *palabra* de Jesús diciendo: «Éste es mi Cuerpo» entre estas dos: «Te ofrezco, Padre Santo, esta inmaculada Hostia por los *innumerables pecados, ofensas y negligencias mías*», que digo en el Ofertorio; y

«líbrame por este sacrosanto Cuerpo y Sangre de todas las *iniquidades mías* y de todos los males», que rezo momentos antes de comulgar a Jesús.

Y ¡cuántas, cuántas veces en el decurso de su Misa el recuerdo de los pecados propios y del pueblo cristiano asalta la memoria del sacerdote, y la pena de haberlos cometido entristece y aflige su corazón y humilla su acento y su postura!

Significación de la carga que lleva el sacerdote al Altar

5248. Cuatro cargas pesan sobre el sacerdote cuando sube las gradas del Altar de su Misa; y más que pesar sobre él, diría que lo abruman y casi le dificultan el paso.

El sacerdote, en su doble representación de Jesús y de la Iglesia, que por sus manos se ofrecen en Sacrificio en el Altar, lleva con él apretando su corazón, abriendo su boca y empujando su alma, estas cuatro necesidades justas, imperiosas, urgentes, ineludibles: la necesidad de alabar, de agradecer, de desagraviar, de impetrar a Dios suficientemente, cumplidamente y, aunque parezca una quimera, *como Dios se merece* ser alabado, agradecido, desagraviado e impetrado.

5249. Claro es que con la sola representación de la Iglesia, por muy santa que ella sea y por muchos santos que la formen, el sacerdote no podría, no digo satisfacer, pero ni soñar, sin temeridad loca, en satisfacer aquellas necesidades en la medida dicha: pero *divinizado*, y no es exagerada la palabra, con la augusta representación de Jesús, sacerdote Sumo invisible, puede muy holgadamente y permítaseme la palabra, descargarse en el Altar de los cuatro grandes, inmensos fardos de sus necesidades y bajar de él ágil y ligero con la agilidad y desahogo que da la alegría del deber cumplido, del mayor de los deberes de los hombres para con Dios.

La carga abrumadora

5250. La visión, diría única, el pensamiento dominante, la obsesión, la pesadilla, si vale así decirlo, del sacerdote en el Altar es la glorificación de Dios y la reparación de Dios ofendido... su vista, su corazón, sus nervios se estremecen entre los dos extremos de este contraste: la gloria de Dios y el pecado de los hombres, singularmente los propios.

Las oraciones y fórmulas del santo Sacrificio están casi todas llenas de esos dos conceptos. Cuando se llama a Dios omnipotente, inmediatamente se le llama misericordioso; cuando se alaba a Dios por su grandeza y poder, al punto se le pide perdón por nuestros pecados. ¡Con qué naturalidad se mezclan en el gran himno de la alabanza a Dios, el «Gloria in excelsis Deo», el «te alabamos, te bendecimos, te adoramos...», con el repetido «ten misericordia de nosotros» y en el ofertorio el «Recibe, Santo Padre, omnipotente y eterno Dios» con el «yo indigno siervo tuyo te ofrezco por los innumerables pecados, ofensas y negligencias mías...!».

¡Qué bien expresa esta mezcla de los grandes deseos, intenciones y, diría, preocupaciones del sacerdote en su Misa, alabar y reparar, estos dos ofrecimientos del Sacrificio!

«En espíritu de humildad, dice en el ofertorio, y con el alma contrita seamos recibidos por Ti, oh Señor, y de este modo sea agradable este sacrificio en tu presencia, Señor Dios».

Y terminada la Misa, al despedir a los asistentes, dice:

«Séate agradable, oh Trinidad Santa, el obsequio de nuestro servicio: y concede que el Sacrificio, que yo, indigno, he ofrecido a los ojos de tu majestad, sea digno de que Tú lo aceptes, y para mí y para todos aquellos por quienes lo he ofrecido sea, por tu misericordia, propiciatorio, por Cristo Señor nuestro. Amén».

5251. Otras muchas citas pudiera haceros que demostraran cómo la liturgia de la Misa está condensada en un doble movimiento del corazón del celebrante y de la Iglesia en la gran función del amor que es el Sacrificio; a saber, en una especie de *diástole* que lo dilata para la alabanza, la acción

de gracias y la impetración y de *sístole* que lo oprime para la contrición y la expiación; en un alternado cantar gloria de Dios y llorar pecados humanos; en un pasar constante del Calvario al Tabor y del Tabor al Calvario, de la cruz, en que los pecados propios y ajenos ponen en trance de muerte permanente a Jesús, al trono del monte de Sión, en donde el Cordero, *como muerto*, recibe y da a su Padre la gloria, el honor, la acción de gracias, la bendición y la virtud por los siglos de los siglos.

¡Cuántas veces en mis Misas, repitiendo esas fórmulas de confusión y confesión propias, me acuerdo del tono de humilde confianza y de las lágrimas de vergüenza y de contrición de san Pedro ante Jesús resucitado! ¡Cómo se parecen el «Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que yo te amo» del Apóstol arrepentido y el «nobis quoque peccatóribus», el «he aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, ten misericordia de nosotros», y el «Señor, no soy digno», con que el celebrante rompe el silencio con que adora la majestad divina desde la consagración hasta la Comunión como poniendo antífonas de gemidos de contrición al gran salmo del silencio de la adoración!

Significación de la gran obra del sacerdote

5252. Ésa es la gran obra del sacerdote en el Altar, y diría del universo entero, del cielo y de la tierra en el sacerdote representado, *dar* a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, Creador, Conservador, Redentor y Glorificador el culto de alabanza, gratitud, reparación e impetración que tiene derecho de recibir por ser quien es, por habernos dado lo que nos ha dado, por haber sido ofendido por nuestra vileza y por querer lucir su misericordia en nuestra miseria.

Y esa obra magna, suprema, augusta, en la que están atentos y empeñados, cada cual a su manera, los ángeles y los santos del cielo, los hombres y las criaturas todas de la tierra y los demonios y condenados del infierno, la realiza el sacerdote en un acto simplicísimo y tan breve como incomprensible, en el acto de la consagración del Cuerpo y de la Sangre de nuestro Señor Jesucristo.

En ese acto y en ese momento casi indivisible, el pan y el vino se transustancian en Carne y Sangre inmoladas de Jesús, Dios y Hombre, y se ofrece y se consuma el Sacrificio perfecta e infinitamente latréutico, eucarístico, propiciatorio e impetratorio.

Ahí, en ese momento está esencialmente nuestra Misa, así como en la participación de la víctima por la Comunión toda su integridad necesaria, y todo lo demás de ella, lo que precede y le sigue, son preparaciones, explicaciones, aplicaciones y participaciones de la misma esencia.

La Iglesia maestra

5253. La Iglesia, siempre maestra, ¡qué hermosamente, qué pedagógicamente ha sabido dar a conocer y gustar el misterio divino del Sacrificio y de la participación del Cuerpo físico y místico de Jesús!

Y ésa es la razón, que pudiera llamar gráfica o pedagógica de la mayor parte de los movimientos que realiza el sacerdote en su Misa, como inclinaciones, genuflexiones, reverencias con los ojos y con la cabeza, bendiciones, abluciones y besos.

Por no ir demasiado lejos, os presentaré sólo en forma de lista o cuadro, la clasificación de esos gestos, ademanes y actos litúrgicos en cuatro grupos: unos actos litúrgicos, para expresar adoración, otros gratitud, éstos desagravios y aquéllos impetración.

Aun así brevisimamente expuesto, os probaré la gran pedagogía de la Misa.

¡Es tan interesante conocer y saborear a menudo la gran acción de nuestro culto; nuestra Misa!

Una advertencia

5254. Estas enseñanzas o demostraciones no están agrupadas en la Misa de tal modo, que en primer término se enseñe el fin latréutico y a continuación, por orden, los demás; sino que con lo que propiamente pudiera llamarse bello y espontáneo desorden, el sacerdote con sus movimientos litúrgicos va mostrando a los fieles cómo se adora a Dios en su Misa, cómo se le da gracias, cómo se le desagravia y cómo se le pide que luzca su misericordia.

Más aún; un mismo movimiento litúrgico, por ejemplo, la inclinación profunda de cabeza, muestra la adoración y la expiación o la impetración.

Con todo, ordinariamente, cada movimiento o ademán muestra predominantemente un fin.

Hecha esta advertencia, os presentaré los principales movimientos con que el sacerdote representa en su Misa

El fin latréutico

5255. o de adoración y alabanza a Dios.

¡Cuántas veces y de cuántos modos invita a los asistentes a su Misa a entrar en la gran función de ésta, que es adorar a Dios como Él se merece!

Entre otros modos citaré:

1º Las inclinaciones profundas.

2º Las genuflexiones, sobre todo dentro de la Plegaria Eucarística, que son siempre antes y después de tocar la sagrada Hostia o el Cáliz.

3º La elevación de los mismos sobre la cabeza del sacerdote para que puedan ser vistos y adorados por los fieles[7].

4º Las cruces con que después de la consagración, no bendice como antes de ella, sino solemniza y ostenta la presencia real del Rey de la Cruz y del Redentor de la Cruz.

5º La pausa y dignidad con que el sacerdote debe hacer esas cruces y tomar y elevar con sus manos la sagrada Hostia y el Cáliz.

6º La rúbrica que manda al sacerdote no cerrar sus ojos desde la consagración hasta la Comunión y dirigir su mirada sólo a la sagrada Hostia cuando no necesita leer en el Misal o mirar al crucifijo, como en el preludio del Padrenuestro.

5256. 7º Y a mi juicio uno de los modos más significativos de adoración y alabanza, a saber, los tonos de voz del sacerdote: están mandados tres clases de tonos de voz; alto, medio y bajo; en general puede decirse que el tono de voz se gradúa por la mayor o menor distancia con respecto a la presencia real de Jesús en el Altar.

Cuando no está presente, el sacerdote habla alto o canta para confesar sus pecados y para iluminar a los fieles con las gracias que para sí y para ellos pide en las oraciones y colectas al empezar y terminar su Misa y con las enseñanzas y profesiones de fe de la Epístola, del Evangelio y del Credo.

Pero a medida que se acerca la consagración comienza a bajar la voz como en el ofertorio y en el Canon (a no ser que en algún que otro himno u oración de alabanza o impetración, como el Prefacio y el Padrenuestro, la levante para mantener viva la atención de los asistentes.

Con sus oraciones en voz baja, casi imperceptibles, está predicando la grandeza y majestad de la Víctima divina, que, como al profeta Jeremías, lo dejan casi sin poder ni saber hablar. El silencio, que es el lenguaje de las grandes emociones, es sin duda la expresión más acabada de la alabanza y de la adoración.

Ese silencio y recogimiento, que impone a la boca y al alma la presencia tan cercana de Dios, son los que hacen casi enmudecer al celebrante durante todo el transcurso del Canon y enmudecer del todo en el momento supremo de la Misa o sea en el que sigue a las palabras de la consagración, y la causa porque la sagrada liturgia prohíbe todo canto a la elevación de la Hostia y el Cáliz.

[7] Norma litúrgica cuando la misa era de espaldas al pueblo, antes del Concilio Vaticano II.

5257. Y 8º Para que no quede lugar a dudas sobre el fin de todos esos movimientos y actos de reverencia enumerados y que aparezca, como el sol de mediodía, el propósito de la maestra Iglesia de que con todos ellos se muestra a los sacerdotes y a los fieles el primer fin esencial de la santa Misa, o sea la adoración digna y adecuada de Dios por la oblación real del Sacrificio del cuerpo físico y místico de su Hijo; para eso, repito, ha establecido el expresivo rito, como terminación del Canon, que manda al celebrante que tome entre sus dedos la sagrada Hostia, haga sendas señales de la cruz sobre el Cáliz y sobre el ara acompañándolas de estas palabras: «Por medio de Él, con Él y en Él es para Ti, Dios Padre Omnipotente, en unidad del Espíritu Santo *todo honor y gloria* por todos los siglos de los siglos».

¿Nos enteramos? Por la Misa, por cada Misa, recibe la Trinidad augusta *todo honor y gloria.*

5258. ¡Sacerdotes celebrantes y fieles asistentes, qué buen tema de meditación y examen práctico de conciencia!

¿Adoramos y enseñamos a adorar nosotros los sacerdotes con la dignidad y majestad de las reverencias, con el tono alto, medio y bajo de la voz, con los silencios, con las miradas y con todos los movimientos y ademanes litúrgicos de nuestras Misas?

¿Estamos en el Altar invadidos del pensamiento y del deseo de dar a Dios *todo honor y gloria?*

¿Se dan los fieles por enterados con su actitud recogida, su silencio externo e interno de que con su Misa están dando a Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu santo *todo honor y gloria...?*

Si un infiel, que no supiera nada de la Misa ni del culto cristiano, entrase en un templo al tiempo de la *Misa de doce, de una* y aun de otras horas, ¿deduciría por lo que vieran sus ojos que aquello era el acto más grande y solemne con que aquellos hombres y aquellas mujeres estaban dando *todo honor y gloria a* Dios...?

El fin eucarístico

5259. Advierto que el fin eucarístico o la acción de gracias completa, que se da a Dios por medio de la Misa, apenas si tiene forma gráfica que lo exprese.

Y no es que la liturgia no haya expresado suficiente y abundantemente con las oraciones y fórmulas que pone en boca del celebrante, este carácter esencial eucarístico de la Misa o de la acción de gracias, sino que por la dificultad natural de expresar con movimientos y ademanes este sentimiento íntimo separado de los otros afectos de alabanza, propiciación e impetración, unido con éstos, no lo muestra.

No olvidemos que el Prefacio es el *himno* de la gratitud; la *eucaristía* de la Eucaristía.

El fin propiciatorio

5260. Con tres clases de movimientos o actos expresa singularmente la liturgia que la Misa se ofrece en expiación de nuestros pecados y en satisfacción de las penas por ellos debidas, esto es, para poner propicio a Dios enojado, dolorido y airado por nuestros pecados y para restituirle con creces la gloria que le han quitado especialmente los pecados del sacerdote que celebra, de los que mandan celebrar, de los que asisten a la Misa y en general de todos los fieles vivos y difuntos.

¡El Hijo Dios satisfaciendo y desagraviando por el hijo pecador!

1º Con *inclinaciones y golpes de pecho* como en el «confiteor Deo» del principio de la Misa, al «nobis quoque peccatoribus», al «Agnus Dei» y al «Domine non sum dignus».

2º Con *abluciones* de manos, como al revestirse para celebrar, al «lavabo» en medio del ofertorio, después de la Comunión y al terminar la santa Misa.

Todas las preces que acompañan esas abluciones dan significado a éstas de deseo y peticiones de limpieza de todo pecado y mancha.

3º Y más expresivamente con los besos que el celebrante da sobre el Altar, el misal y la patena.

¡Qué belleza de significados!

Todos esos besos que el sacerdote celebrante da dentro de su Misa son besos a Jesús, representado en el Altar, en el libro del Evangelio y en la patena.

5261. Las palabras con que acompaña esos besos hablan siempre de petición de perdón, como al empezar la Misa; de confianza en la propiciación por nuestros delitos, como al besar el santo Evangelio, palabra de Dios; de deseo repetido de que Dios viva con nosotros y su Espíritu y su paz, como cada vez que se vuelve el sacerdote al pueblo para repetir el consolador saludo y la grata esperanza de «El Señor sea con vosotros». Y «La paz del Señor sea siempre con vosotros». Y con un beso de propiciación comienza el *Canon* y con otro igual se termina.

Y el beso que da en la patena antes de depositar sobre ella la sagrada Hostia, ¡qué significación más tierna tiene!

Manda la liturgia que el celebrante haga con ella la señal de la cruz sobre su frente, pecho y hombros y que después bese el borde de la misma precisamente por el lugar por donde ha de levantar la sagrada Hostia del corporal, mientras pronuncia estas palabras... «da propicio la paz en nuestros días para que, con el auxilio de tu misericordia, estemos libres de nuestros pecados y seguros de toda perturbación».

Yo veo en ese triple beso que da el sacerdote con sus labios, con su cabeza y con su corazón, una manera fina de calentar con ellos la fría patena de metal, que va a servir de trono momentáneo a Dios, una triple confesión de sus pecados y una triple profesión de confianza en la propiciación sobreabundante ofrecida por la Victima divina al Padre celestial.

5262. Otro aspecto o forma de la misma idea: fijaos en los tres lugares que prepara la liturgia para trono del Cordero sacrificado de la Misa: la piedra del Altar, que es dura; el oro de la patena, que está frío; y las manos del sacerdote, que se han manchado muchas veces: ved cómo prepara y adorna esos tres tronos con el espíritu de compunción del sacrificador visible; la dureza de la piedra, envolviéndola en blandos y blancos manteles y corporales; el frío del oro de la patena, calentándola con besos de contrición y la sordidez de las manos del oferente visible, tocando trémula la una la Hostia pura y santa y golpeando el pecho la otra en señal y protesta de contrición.

¡Con qué claridad y con qué conmovedora elocuencia expresa la maestra Iglesia el fin propiciatorio de su Misa!

Ahora bien; ¿son muchos los que van a Misa a pagar a Dios?

¿Son muchos los que se dan cuenta de que en su Misa se derrama Sangre de valor infinito para que *podamos pagar?* ¡Y todos somos deudores de Dios! ¡Y deudores por muchos y enormes pecados y por muchas y terribles penas!

Hermanos, penetrémonos de la maravillosa pedagogía de la propiciación de nuestra Misa!

El fin impetratorio

5263. De tres modos principalmente muestra la liturgia que la Misa alaba al Padre celestial pidiéndole que manifieste y luzca su misericordia y poder otorgando gracias y mercedes por la mediación siempre eficaz de su Hijo inmolado:

1º por las *bendiciones* tan numerosas que el celebrante imparte sobre la oblata, sobre los fieles y sobre sí mismo. Todas ellas van encaminadas a pedir al Padre por medio del Hijo aceptación, purificación y santificación de las ofrendas y abundancia de bendiciones celestiales para los participantes del Sacrificio.

2º por la forma en que manda la liturgia que se hagan las oraciones y colectas de la Misa. ¡Qué gráficamente expresa ese alabar al Padre pidiendo por medio del Hijo, y ese pedir por el Hijo alabando al Padre en unidad del Espíritu Santo!

Manda la liturgia que todas las oraciones de la Misa se reciten con los brazos extendidos (actitud inequívoca de impetración, como la de Moisés en el monte Horeb mientras guerreaba su pueblo) pero haciendo preceder y seguir esa actitud de súplica de dos movimientos de adoración, como son

la inclinación de cabeza mirando la Cruz y la unión de las manos ante el pecho al decir «Oremus» y al terminar la oración con el «por nuestro Señor Jesucristo, Hijo tuyo...»

5264. Y 3º con la *pausa de los mementos* de los vivos y de los difuntos.

¡Cómo se muestra madre la Iglesia en esas dos pausas!

Cuando el celebrante tiene absorto su pensamiento y derretido su corazón purificándose con actos de ardiente contrición para alabar más y agradecer mejor al Padre celestial por medio de la Hostia pura, santa e inmaculada, le impone la madre Iglesia un paréntesis en sus elevaciones para que junte con las encendidas adoraciones y acciones de gracias y con las humildes y contritas confesiones de pecados, los gemidos de las almas que padecen en ésta y en la otra vida y los ayes de los apuros cotidianos, propios y ajenos, y las lágrimas de padres, hermanos, amigos y enemigos, bienhechores y malhechores, vivos y muertos...

Diríase que la madre Iglesia, como la madre María, puesta al pie de la Cruz, manda a su representante, el oferente visible, que descienda un momento del monte del Sacrificio al valle de las lágrimas y en la patena de su corazón recoja cuantas lágrimas pueda y quiera y las presente al Padre junto con las lágrimas de las dos Madres y con la Sangre de su Hijo para que su mirada aplacada y complacida trueque las lágrimas del dolor en perlas de corona, en precio de redención y en sonrisas de dicha y de paz en el tiempo y en la eternidad...

¡Cómo no va a recibir gustoso y a despachar sobre toda medida el Padre que está en los cielos, las súplicas que, emPapadas en esas lágrimas y en esa Sangre, se le presentan!

Liturgia y piedad

5265. Quiero cerrar estas sencillas reflexiones de pedagogía litúrgica presentándoos un contraste.

Sólo podrían apreciarlo bien los que acaben de enterarse de que la piedad cristiana es una hija de la justicia, que inclina a dar y no a recibir, a pagar y no a cobrar, a *dar* a Dios culto y trato y servicio como a Padre, a *pagar* a Dios el gran beneficio que nos ha hecho de ser Padre nuestro.

Piedad no es recrearse en gustos y consuelos más o menos espirituales, es dar a nuestro Padre Dios el culto y el homenaje que la religión impone, como son: *fe* rendida en lo que enseña, *obediencia* ciega a cuanto manda, *servicio* con nuestras obras, *conversación* con nuestra oración perenne y *glorificación* con nuestras alabanzas, acciones de gracias, propiciaciones e impetraciones, pero hecho todo esto y ofrecido no con miedo de esclavo, sino con cariño, con intimidad, con confianza de hijo muy indigente y a la vez muy amado. Eso es piedad: dar y darnos a nuestro Padre que está en los cielos como muy hijos y muy suyos.

Ahora ved el contraste entre la *piedad sin Misa* y la *piedad con Misa.*

La piedad sin Misa

5266. Es ésa que no da trato apenas al Padre que está en los cielos ni visita la casa que su hijo tiene en la tierra, el Sagrario; sólo *da* novenas rutinarias y velas y flores a algún que otro santo de los que dicen que *dan* dinero, salud y buenos arreglos en negocios temporales... es esa piedad que invade el alma con un sentimentalismo vago, egoísta, regalón, estéril, que jamás busca a Dios sino a sí propio, que hace mover los labios para exhalar suspiros y exclamaciones pero que no hace mover las manos en obras de caridad y de celo, ni las cabezas para aprender y meditar la doctrina cristiana, ni los corazones para dárselos a su Padre Dios y a su Hijo Jesucristo y dar algo a sus representantes de la tierra como son la madre Iglesia, los padres, la patria y los pobres... en una palabra, una piedad que no da *nada, nada* a Dios, ni cuenta con su Hijo Jesús: ésa es la piedad sin Misa.

En frente de ella está

La piedad con Misa

5267. Si la piedad es la que pone en comunicación afectuosa a los hijos de la tierra con el Padre que está en los cielos para que le den la gloria y el amor que Él se merece, ningún medio más seguro para ejercitarla y aumentarla, ningún motivo ni tema para alimentarla como la Santa Misa bien celebrada y bien oída y participada.

¿Cómo vamos a tratar al Padre más a gusto de Él, que tratándolo como lo trata su propio Hijo y valiéndonos de la misma boca, de los mismos merecimientos, de las mismas trazas con que su Hijo lo trata, lo regala, lo glorifica y lo desagravia?

5268. ¿Y qué es la Misa sino la obra más acabada que la piedad filial ha podido inventar?

No hay Padre más pagado y, permítaseme este lenguaje, ni Hijo más pagador, que el Padre-Dios y el Hijo-Dios por razón del Sacrificio.

Y ¿no es ese mismo Sacrificio del Hijo natural el que ha valido a los hombres, enemigos de Dios e hijos de ira por el pecado, el título y los derechos de hijos adoptivos del Padre celestial?

¿Por qué medio, pues, sino por la Misa, que es la oblación real y perenne de aquel mismo Sacrificio, pueden los hijos adoptivos ser tan *pagadores* de su Padre como el Hijo natural?

¿Cuándo, en dónde, ni cómo encontrar modos mejores ni más seguros y eficaces para desenojar al Padre ofendido por el pecado y de esta suerte entrar en trato afectuoso de alabanza, acción de gracias e impetración con Él, como por la oblación real del Sacrificio propiciatorio, latréutico, eucarístico e impetratorio?

¿En dónde va a encontrar una piedad sin Misa argumentos, motivos, fórmulas, estímulos más eficaces, amplios, seguros y fecundos?

5269. Sí, repitámoslo, si la piedad cristiana no ha de ser *juego interesado de santitos y altarcitos*, como el que entretiene a los niños, ni tampoco un sentimentalismo histérico, necesita partir de la Misa, de sus ceremonias y ritos y oraciones, de ella alimentarse y tomar modelos y direcciones, a ella volver los ojos, la cabeza, el corazón y las manos y no parar hasta que la celebración, y la asistencia, y la participación de la Misa asidua y consciente y, si vale decirlo así, la compenetración con la Misa haga otros tantos hijos de Dios inmolados para siempre y ofrecidos cada día en la misma patena que la Hostia consagrada.

Y cuando la piedad haya llevado a las almas a este estado de hostia perpetua, entonces, sin arrogancias ni exageraciones, los hijos de la tierra podrán cantar ese himno al Padre de los cielos: Padre, ni tienes que pedir más a tus hijos, ni tus hijos pueden ya darte ni darse más.

Y la piedad de verdad cristiana podrá acompañar con esta estrofa que aprendió de su maestro Jesús:

«Padre consumé la obra que me confiaste».

LA MISA DE ÓRDENES

5270. Huélgome en cerrar estos apuntes de arte litúrgico con estas páginas rebosantes de frescura juvenil en la que uno de mis seminaristas malagueños describe la Misa solemne de Órdenes y demuestra hasta qué grado llena su alma la educación litúrgica, que recibe en su seminario.

Preparándonos para el apostolado

Querido amigo: Antes que se haga más vieja quiero transcribirte hoy la página quizá más triunfal de mi vida de Seminarista; quiero contarte la primera Ordenación que he presenciado aquí y que ha dejado en mi memoria y en mi corazón un surco que creo no se borrará jamás.

Un día de gloria

5271. Figúrate que hacía más de cincuenta años que aquí no se veía salir de una vez diez nuevos sacerdotes, y con lo que se ha pedido y deseado y esperado y preparado ese día, era casi para cantar el «Nunc dimitis». ¡Sabíamos que había costado esa cosecha». tantos desvelos, tantos cuidados, se habían hecho desear tanto las primicias de un espíritu nuevo...!

Fue la ceremonia con toda solemnidad en nuestra catedral, que, como sabes, es tan graciosa, alegre y despejada, por lo que pudimos verlo y oírlo todo a nuestro gusto. Yo, gracias a un libro que contiene todo el ceremonial de las Órdenes, pude seguirlas y enterarme y saborearlo, que, ¡ya hay que saborear!, pues si todas las oraciones litúrgicas son tan sabrosas, éstas de la ordenación son exquisitas en extremo.

No estaban solos los que iban a ser ya sacerdotes, sino también otros que iban a recibir el diaconado, subdiaconado y órdenes menores: entre todos, más de veinte, ocupaban un lado del presbiterio, estando en el otro el Prelado de pontifical con sus Ministros asistentes; el color litúrgico del día era encarnado, por estar en la octava de Pentecostés, haciendo un efecto de simbolismo impresionante tanto ornamento rojo sobre las blancas albas.

5272. Si no fuera porque las dimensiones de una carta no me lo permiten, te contaría con pormenores cada ceremonia y las hermosísimas enseñanzas que contienen. ¡Qué sublime se veía a la Iglesia y al sacerdocio!, ¡lo más grande de la tierra! Y ¡qué fuerza y vitalidad tienen las sencillas palabras de la liturgia! Recuerdo que me gustaron mucho éstas dirigidas a los minoristas que recibían el lectorado: «Lo que leáis en alta voz, creedlo y vividlo, a fin de que podáis instruir al mismo tiempo por vuestras palabras y por vuestros ejemplos a aquellos que os escuchen. Cuando leáis colocaos en un lugar elevado de la iglesia para que todos os oigan y os vean, y que la posición de vuestro cuerpo sea el signo de alto grado de virtud a que debéis haber llegado; de esta manera seréis para cuantos os oigan y os vean el modelo de una vida toda celestial. Que Dios os lo conceda por su gracia».

Después de entregarles las sagradas Escrituras los bendice el Obispo diciendo: «Dios Santo, Padre omnipotente, bendecid a estos lectores para que instruídos por la asiduidad a las lecturas santas, digan lo que hay que hacer y hagan ellos mismos lo que dicen, y así sean doblemente útiles a la Iglesia».

Y por este estilo cada grado va recibiendo su potestad con palabras y oraciones llenas de simbolismo y virtud, acompañadas de acciones y movimientos adecuados.

Lo que te hubiera impresionado mucho es ver cuando aquellos veintitantos ordenandos se postran a lo largo en el suelo mientras se canta la Letanía de los santos, no te puedes imaginar qué efecto causa. Me decía luego un amigo, que al ver en el suelo la blancura de sus albas, le parecía contemplar *una siembra de hostias...* y.... no lo decía «a humo de pajas».

5273. La ordenación de los diáconos tiene también mucho que meditar y admirar: inspira gran reverencia al extender el Obispo su mano sobre la cabeza de cada uno, diciéndole: «Recibe el Espíritu Santo, que será tu fortaleza para resistir al demonio y sus tentaciones: En nombre del Señor».

Luego en pie, con la mano extendida, canta una oración hermosísima, poniéndoles después la estola, la dalmática y entregándoles el santo Evangelio.

Pero la ordenación de los presbíteos sobrepuja, como es evidente, a todas las de grados inferiores.

La alocución que hace el consagrante a los ordenandos, la imposición de las manos sobre ellos, el canto del Veni Creator mientras les unge las manos, las fórmulas y oraciones y la concelebración de los nuevos sacerdotes con el Obispo, ¡cuánto conmueve y da que meditar!

Es muy emocionante oír al Prelado que les dice a cada uno: «Recibe el poder de ofrecer a Dios el santo Sacrificio y de celebrar la santa Misa, tanto por los vivos como por los difuntos: en el nombre del Señor». Y estas otras: «Recibe al Espíritu Santo: los pecados serán perdonados a aquellos a

quienes los perdonares y serán retenidos a aquellos a quienes los retuvieres». ¡Una santa reverencia invade el alma al escucharlas!

5274. ¡Dios mío, el que ayer era un niño es hoy mediador entre el cielo y la tierra y tiene en sus manos la remisión de los pecados de los hombres!, ¿y qué digo?, ¡tiene en sus manos al mismo Dios, a Jesucristo y sus tesoros! ¡Que inenarrable grandeza...!

Para terminar, te digo que aquella feliz mañana parecíamos estar conviviendo con aquellos santos sacerdotes y diáconos de la primitiva Iglesia, y se sentía la unidad de ésta, porque no sé qué misteriosa cadena nos unía con Roma, con las catacumbas, con el Cenáculo... y todos los tiempos... y contemplando el presbiterio lleno de ordenandos vestidos de dalmáticas y casullas encarnadas, sosteniendo en las manos velas encendidas, parecían llamas de fuego que iban abrasando e iluminando el mundo... mártires con ropajes de púrpura que semejaban llevar ya en sus manos palmas de martirio triunfantes!

Y tanto es así, que una persona que no asistió a la ceremonia y no había por lo tanto sentido las influencias del solemne pontifical, pero que los vió cruzar en procesión de la catedral al obispado, escribió estas palabras: «Asistí a la salida de los santitos consagrados, eso parecían, y mi imaginación me llevó al verlos cantando no sé explicar a dónde... ¿irían así por las catacumbas?...»

Mi buen amigo, ¡qué grande es nuestra Iglesia, cuán sublime su sacerdocio! y ¡cuánto hubieras gozado contemplando esta *cosecha* del seminario que tuvo la dicha de ver y gustar quien en el Señor mucho te estima!

JUAN DEL SEMINARIO

CUARTA PARTE

El arte en el breviario

5275. La liturgia se apoya sobre cuatro columnas, dos que Jesús sacerdote por sí mismo construyó y otras dos por mediación de su Iglesia: son aquellas dos, la santa Misa y los siete sacramentos, y éstas, el Oficio divino o eclesiástico y los sacramentales.

El Sacrificio de Jesús y el *Oficio divino;* directa y primariamente, son para la alabanza y adoración de la augusta Trinidad; e indirectamente y como causa moral, o como irradiación para la santificación de las almas, y los sacramentos y sacramentales al revés.

Para el sacerdote el *Oficio* divino tiene los dos sentidos de esa palabra: ¡su deber! y ¡su ocupación por antonomasia!

Pero esa ocupación, ese gran *oficio* sacerdotal tiene *su arte,* y mientras más y mejor conocido y practicado sea éste, más y mejor practicado será aquél.

Quizá sea bueno presentar sumariamente a mis hermanos los sacerdotes dos aspectos del *arte del breviario.*

El arte en la composición del breviario

5276. *Litúrgicamente* el Oficio divino es inseparable del santo Sacrificio. Si éste es la *máxima alabanza* a Dios de cada mañana, el oficio es la *preparación* y la *prolongación* de esa alabanza por todas las horas del día. Si la Misa se llama *Sacrificium laudis,* el *Oficio* divino se llama *Officium laudis* o esto sólo: *Laudes.*

Tan inseparables para la liturgia son Misa y Oficio divino, por razón de su identidad de fin, que al principio de éste y no de aquélla, pone la clasificación de su rito, *doble, semidoble* o *simple* para que la misma solemnidad envuelva Misa y Oficio, como una misma acción.

Si el Altar es el lugar en donde Jesús por el sacerdote realiza la acción de la *máxima gloria* de Dios por la máxima adoración, acción de gracias, expiación e impetración que vale la oblación real de su Sacrificio, el breviario es el *instrumento* con que el sacerdote por Jesús armoniza y acompaña, celebra y canta la gran alabanza de aquella acción suprema sacerdotal.

5277. El *Oficio,* es más que lección que instruye y ejemplo que alienta, *canto* sacado por la gran maestra la Iglesia de tres grandes inspiraciones: de la inspiración autentica y directa de Dios en sus salmos, cánticos, trenos y trozos de Escritura. De la inspiración de la Santidad en sus historias abreviadas, comentarios y homilías doctrinales, y de la *inspiración* de la musa popular cristiana en muchos de sus himnos, antífonas y melodías. ¿Conocéis arte más opulento en inspiración?

Ese *canto* de alabanza, que va siempre dirigido a la Trinidad Santísima *por nuestro Señor Jesucristo,* es a la par un canto de triunfo del Rey sacrificado Jesús *que contigo vive y reina...*

Y tiene su *copla* (el motivo de la alabanza contenido en la oración propia, las lecciones, las antífonas propias y todo lo propio) y su *estribillo* (todo lo común).

5278. El Oficio de *común de Apóstoles,* es el himno de alabanza por el triunfo del Rey inmolado en la longanimidad del Apóstol: dar y darse: «Este es mi mayor precepto... Mayor caridad nadie tiene sino Él...Iban alegres porque...»

El Oficio de *Mártires,* el himno por el triunfo del Rey Hostia en la fortaleza de sus soldados: «lucharé hasta la muerte por la ley de Dios...».

El Oficio del *Confesor Pontífice,* el de la alabanza por el triunfo del Rey-Sacerdote sumo en el sacerdocio, ejercido fielmente por el hombre, cuya plenitud está en el pontífice: «He aquí al gran sacerdote...».

El Oficio de *Confesor no Pontífice,* el himno por el triunfo del Rey divino en la *fidelidad* de sus siervos: «Señor, cinco talentos me diste... Levántate, siervo bueno y fiel...».

¡Qué misterio!, la Iglesia ante los montones de libros de sabiduría celestial de santo Tomás, los de tierra y los de granos recogidos por san Isidro Labrador, y los de harapos, mendrugos y piojos de san Benito J. Labre canta la misma alabanza a Dios, el mismo *cinco talentos,* y el *levántate, siervo bueno y fiel...*

El Oficio de *Vírgenes,* es la alabanza a Dios por el triunfo del Rey del Amor en la pureza triunfante en una mujer: «Qué hermosa, casta y limpia es esta generación».

El de *Vírgenes Mártires,* la alabanza por el contraste de la debilidad del sexo venciendo el doble enemigo de su Pureza y de su fe: «Recibe la palma que has merecido...»

El de no *Vírgenes,* es la alabanza a Dios por el triunfo de su Hijo Rey en los obstáculos frutos y premios de la *piedad*: «Domando la carne con ayunos y alimentándose con oración...».

El Oficio de *Dedicación de Iglesia,* es la alabanza por el triunfo de Jesús en la hermosura, utilidad e indefectibilidad que por su sacrificio ha dado *a las tres casas de Dios:*

La del cielo: «Ciudad celeste de Jerusalén...». La edificada como templo vivo en el alma y cuerpo del justo: «Templo del Espíritu Santo...» (San Pablo). Y la material o templo visible: «En tu casa impera la santidad».

El Oficio común de fiestas de la *bienaventurada Virgen María*, es la alabanza por el mayor de los triunfos de Jesús Rey, principalmente en la preservación del pecado y en la *mediación universal* de Ella y en los méritos, motivos y frutos de la misma, particularmente en su virginidad maternidad divina, fidelidad y patrocinio.

«Santa María Madre de Dios, intercede por nosotros...».

El Oficio común de *Difuntos*, es el himno de la vida, la alabanza a Dios por ser el Autor de toda la vida: «Para quien todas las cosas tienen vida...», la vida natural y sobrenatural, temporal y eterna, de darla, aumentarla, quitarla y devolverla, o sea Autor del nacimiento, desarrollo, muerte y resurrección... ¡El gran himno, en una palabra, al Rey de la Cruz, triunfador de la muerte!

El arte de la recitación

5279. Todo este arte se reduce a recitar o cantar, como pide la Iglesia, digna, atenta y devotamente.

¡Se lo merece tanto aquel divino canto y este nuestro divino Oficio...!

Dos reglas, de *arte geográfico* la una y de *arte gramatical* la otra, explican y facilitan esa petición. Dejo aparte el gran arte musical del *Motu Proprio* de Pío X.

El arte geográfico en la recitación

5280. Hablando el lenguaje de una especie de geografía espiritual, lo primero que tenemos que hacer los sacerdotes para ejercer bien nuestro *oficio* de *cantores de Dios* es *orientarnos.*

Respecto a mi persona: El valor que da a mi palabra el ser palabra de ministro *consagrado* de Dios.

Respecto a mi situación al rezar: Yo rezo con Jesús, o mejor, Jesús reza por medio de mí, de mi boca..., rezo en nombre de toda la Iglesia de la tierra; ¡la Iglesia reza también por mi boca! y rezo, o mejor, rezamos, Jesús sacerdote, la Iglesia y yo ante la Trinidad augusta, ante la Iglesia del cielo...

Los de allá y los de acá nos unimos en mi brevario para cantar el himno siempre nuevo de la alabanza y de la adoración.

Cantad a Dios un cántico nuevo...

El arte gramatical en la recitación

5281. Se reduce a esta sola palabra: *rezar con prosodia.*

Esos asteriscos en los versículos, para paladear, esas comas para respirar, esos puntos y aparte para reposar y los demás signos ortográficos atendidos con una *prosodia consciente,* ¡cuántos atropellos y decapitaciones y truncamientos de palabras y distracciones y rutinas y profanaciones evitarían y qué aroma de alabanza y de piedad exhalarían para mí y para los que me oyen y para todos los que esperan mi oración...! Como que uno de los grandes méritos del canto gregoriano es el respeto que guarda a la prosodia.

... ...

Sacerdotes, si nuestro *breviario es el órgano* de la gran alabanza a Dios por medio de su Cristo Rey inmolado, y nosotros por elección y consagración de Dios los artistas de ese órgano,

Tocad a nuestro Rey, cantad con *sabiduría*

5282. *Sapienter,* ¡en las dos acepciones del verbo! Sápere: *saber y saborear.* ¡Conozcamos el arte de nuestro *breviario!* ¡Saboreemos el arte de nuestro *breviario!* ¡Cantemos con arte!